

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO.

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1894 Á 1895

POR EL DOCTOR

D. VÍCTOR DÍAZ ORDÓÑEZ

CATEDRÁTICO POR OPOSICIÓN

DE

DERECHO CANÓNICO.



OVIEDO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VICENTE BRID

Canónica, 18. — Teléfono, 111.

1894



Almo. Sr.:

Señores:



A Iglesia es la última expresión de la voluntad divina: en ella está la cumplida solución del eterno problema de la vida humana; problema ó misterio de las relaciones de lo infinito con lo finito, que originó todas las falsas religiones, y sólo la Iglesia acertó á explicar.

Por eso presidía en los estudios universitarios la ciencia de Dios, á todas las Facultades: y al no verla en la patria de Soto, Salmerón y Cano más que en la muerta letra de nuestro *Plan de Estudios*, échase de menos como el aroma preservador de toda corrupción intelectual y como la

ejecutoria de que su ciencia no está en contradicción con la que contempla las obras de Dios, como creador y autor de la naturaleza y como fuente y origen de la gracia.

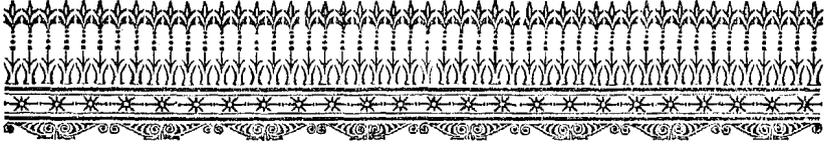
Sea el que fuere el concepto que nos merezcan estas ideas y pasados tiempos convendremos de seguro en un sentimiento de pena recordando aquellos en que Papas, Reyes y pueblos solicitaban las opiniones de las Universidades que se sobreponían á los intentos y éxitos de las armas, á los dictámenes y acuerdos de Reyes, Consejos y Parlamentos y contenían ó disipaban tumultuarias asonadas. Tristeza esta, no de pesar de bien ajeno sino de que hayan universalmente decaído estos prestigios y sustitúidolos otros de menos noble abolengo y de más difícil acceso á los humildes: tristeza doble para nosotros hijos y maestros de esta Escuela que tuvo completos los antiguos estudios mayores y reducida hoy á una sola Facultad; la más amplia y comprensiva sin duda y donde sin violencia pueden concentrarse la noción y los fundamentos de todas las ciencias sociales, políticas y morales; pero que no impide que el nombre de Universidad le lleve propiamente como prestado por la tradición y debamos gratitud positiva únicamente á su fundador, sus doctores y enseñanzas; á nuestra Diputación y Municipio estimulados por vosotros, si llega á plantearse la proyectada Facultad de Ciencias exactas.

Honrado con el encargo de llevar vuestra voz en este acto solemne propúseme en cuanto alcance yo y permita el límite discrecional, mas siempre reducido de estos trabajos demostrar que el Cristianismo es la palabra que descifra el enigma del mundo antiguo y cismas y herejías acrisolaron la Iglesia de Dios: «porque así como el malo aun de lo bueno saca mal, así el sacar bien del mal y convertir las espinas en rosas y sanar con la ponzoña y dar vida con la muerte, es propio del Señor del universo que es autor de la vida». ¹ No pude

1 Euseb. Homil., IV. *De epiphan.*

desconocer que aun teniendo aquella tesis en los cánones ó en su historia sus comprobantes naturales exigía una preparación teológica de que carezco; pero aliéntame que en las mismas incorrecciones latirá la sinceridad de los propósitos, para vosotros á lo menos; que por algo juntos enlazamos casi todos el deber de escolares con la obligación profesional de venir diariamente á esta hermosa casa, que tan legítimamente podemos llamar nuestra; donde tan facil nos es evocar memorias y emocionés, como la que naturalmente me asaltará á mi ahora, pensando en quien ocupaba esta misma cátedra hace sesenta años, y de quien heredé el nombre y acaso las costumbres, pero no por desdicha las virtudes y el talento.





I.

O testimonium anime naturaliter christiana.

TERT. APOLOGET., lib. II, cap. XVII.

NUESTRA alma, dice Platón, luego que de la mano de Dios es criada por natural y cierto movimiento se vuelve á El como á su creador, al modo de hija amorosa de puro deseo de ver á su padre: y como el fuego que, por virtud de los cuerpos superiores es en la tierra encendido, procura encaminar su llama hacia lo alto, así nuestra alma que por instinto natural se siente criada divinamente hacia esta divinidad se vuelve y desea y adora, pues ninguna hay ni hubo que no creyese existía un Dios merecedor de ser temido, adorado y servido». Esta idea de un espíritu creador y un alma creada y de sus necesarias relaciones de amor y subor-

dinación, que reveló su razón á un hombre cuatro siglos antes de la era cristiana, brilló más ó menos lúcida antes y después de Platón en muchos entendimientos, aún en medio de las mayores aberraciones filosóficas y morales. Ahora, en cambio, en orden al conocimiento de Dios, la que el mundo llama por antonomasia ciencia, abate el vuelo y la vista para buscarle como sino se hubiese revelado, se ofuscan y entenebrecen los entendimientos, y los caminos que conducen á El parecen más oscuros y desolados.

Sin embargo, la idea de Dios como primordial origen de todo ser, como infinito, como presuposición insustituible de la inteligibilidad de las cosas físicas, es el hecho más imposible de suprimir y más grandioso de la Historia, que sólo han conseguido desnaturalizar y oscurecer estudios y talentos por otra parte tan eminentes como los Max-Muller, Seide y Lippert, empeñándose en demostrar que la religiosidad del género humano no puede tener su razón en el conocimiento de Dios. Este concepto que aparece en las obras de aquellos y otros sabios, natural deducción de datos adquiridos en viajes y observaciones de la actividad intelectual de todas las razas humanas que pueblan la tierra, es, más bien criterio *á priori* adoptado y adaptado para probar que esa religión, para nosotros centro moral, histórico y social de la vida humana, no es sino uno de sus aspectos parciales, aplicación *ab extrínseco* de las humanas facultades.

La Religión no vino de fuera adentro para el hombre, ni lució en su espíritu como la chispa que produce el choque accidental del hierro con la roca. No fué el terror producido por la tempestad en el hombre primitivo lo primero que le hizo pensar en la mano que mueve los elementos y creyó ver allá sobre el cielo blandiendo los rayos: no fué gratitud al Sol lo que originó el sabeismo, ni surgió la idea de la transmigración de las almas del amor á la familia y el deseo de perpetuar lo que se quiere y perpetuarse en su cariño. A la pregunta de Max-Muller: «¿por qué tienen los hombres

religión?» ya había contestado Fenelon formando el plan racional del sublime tratado «*del conocimiento de Dios*» sobre el precepto del Evangelio *consideraos atentamente á vosotros mismos*, y las palabras de David. «*Oh, Señor, yo saqué de mí un asombroso conocimiento de lo que sois*». ¹

Todas las almas recibieron este don ² desde Adam hasta el último salvaje descubierto ó por conquistar, conocimiento distinto de aquella verdad detenida en injusticia pero á todos manifiesta: porque la Religión tiene su raíz en un acto de racional contemplación de Dios en la naturaleza creada; se funda en el conocimiento de una realidad suprasensible, sí, pero no por ello menos cierta: contiene en sí mismo esa realidad y esa verdad con que el hombre se pone en relación de dependencia reconocida como necesaria con Dios; no precisamente obedeciendo á un sentimiento, intuición, ansia ni instinto de llenar un vacío que le atormenta, sino por un acto de entendimiento, mediante el cual esta potencia aprehende su objeto: acto de conocer que en sí mismo no muda, ni desvirtúa la revelación que á Dios plugo hacernos de la Religión sobrenatural, pues aún siendo por su esencia tan superior á la razón del hombre, el cristianismo se une con ella para comenzar por creer la revelación misma de Dios. ³

1 Luc. XXI, 34.—Ps. 138.

2 Concil. Vatican. *Const. Dogmat. De fide cathol.*, cap. II. Eadem Sancta Mater Ecclesia tenet et docet, Deum, rerum omnium principium et finem, naturali humanæ rationis lumine a rebus creatis certo cognosci posse: invisibilia enim ipsius á creatura mundi, per ed quæ facta sunt, intellecta conspiciantur.

3 Entienden los teólogos por *preámbulos de la fe* ciertas verdades, que la razón humana por sí sola puede descubrir y cuyo conocimiento previo es necesario *en los que no creen*, para que puedan y deban creer. Tales son la existencia de Dios y sus perfecciones ó atributos, la existencia del alma y su naturaleza espiritual, inmortal y libre, y la existencia de la ley moral, que distingue las acciones buenas y malas. Tales son además el hecho de la revelación, com-

Mas ¿por qué tan unánime como tenazmente se niega la moderna ciencia á consentir en que el conocimiento religioso sea científico, es decir, que pueda ser conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas?: por que le relega y circunscribe á proporcionar imágenes y representaciones que por su analogía con el conocimiento se ofrecen como verdades religiosas? Será por que negando que un conocer claro y una ciencia cierta sean el fundamento y principio psicológico de la verdadera Religión, ninguna para contradecir á las otras pueda invocar la razón y queda entonces en rigor y razonablemente satisfecha la conciencia indivi-

probado con milagros y profecias, y el hecho de la fundación divina de la Iglesia con su autoridad y magisterio infalible.

Presupone la fe, en los que carecen de ella, el conocimiento de las verdades de la primera clase, porque si no saben que existe un Dios, santo y justo, que el hombre tiene alma libre é inmortal, y que unas acciones son buenas y gratas á Dios y otras malas y reprobadas, ¿á quién han de creer? Y presupone el conocimiento de las verdades de la segunda clase, porque si no saben que Dios reveló al hombre, y que fundó en la tierra una Iglesia como medio seguro é indefectible para conocer las verdades divinamente reveladas, ¿qué han de creer ó por qué han de creer? Pero una vez admitido que existe un Dios, remunerador de buenos y malos en esta vida y en la otra, y que este Dios, Criador y Señor nuestro, se dignó revelarnos por sí mismo su voluntad, y nos dejó en la tierra á su Iglesia como depositaria y maestra de la doctrina revelada, el acto de fé no solo es posible, sino obligatorio, justo y razonable. Por esta razón, tratándose de infieles ó incrédulos, la predicación ó instrucción ha de empezar por estas verdades ó preámbulos (*tractatus de Religione adversus incredulos*), llamadas por alguién *atrio de la Iglesia*, porque por ahí deben pasar los que han de entrar en ella.

Pero los que por la misericordia de Dios estamos ya dentro, y lo estamos desde que recibimos el Bautismo y en él las tres virtudes teologales y divinas Fe, Esperanza y Caridad, empezamos el uso de la razón *creyendo* en Dios, y los demás artículos de la fe y cuanto Dios tiene revelado á su Iglesia; pero sin que esto impida el que, como hombres, y en uso de nuestras facultades, vayamos, cuando la edad y la instrucción lo permitan, examinando y conociendo los fundamentos razonables de las verdades que creemos, y los motivos de credibilidad que las abonan y que hacen razonable el obsequio que prestamos á la fe. De manera que nosotros, los fieles, no pasamos por él sino para entrar en la Iglesia; pero salimos de la Iglesia al atrio á recrearnos y convidar á los que están fuera.

dual con cualquier culto ó sin ninguno, é iguales todas las religiones, legislando como única soberana de la humanidad la razón del hombre?

Una de las eminencias católicas más indiscutibles de este siglo ¹ cree que este afán de la ciencia moderna de poseer el carácter de unidad exclusiva y fijar como inviolable canon que en el conocer y en el saber, así como en la verdad hay un elemento férreo, inflexible, elemento que no se une, de intolerancia con las opiniones que se aparten de él—aunque de filantropía para todos—se muestra intransigente, porque la religión que se funde en el conocimiento y la verdad recibirá en sí estos elementos, y esto estrecha el movimiento absolutamente libre en la vida, que es precisamente lo que no se quiere.

Pero sea el que fuese el pensamiento transcendental de estas teorías y quiera ó niegue aquel indesatible nexo la moderna ciencia, á los católicos no puede negársenos que rendimos á Dios obsequio razonable, porque la voluntad quiere lo que reconoce como bien único y razón de todos los que hay en el mundo más efectivos: el sentimiento apetece el auxilio del sólo poder que aprendió por un acto de razón que puede dárselo; y por instintivo horror al vacío moral y gratitud á la irrestañable vena de bienes tan necesarios como apetecidos desbórdase como de mezquino vaso nuestra alma hacia Dios, le ve y adora en las excelsitudes de su gloria, en las hostias y maná de sus tabernáculos, en cuanto alienta vive y existe; le reverencia en sus bienaventurados y sus templos, ofreciéndole en puro é incruento sacrificio redentora víctima divina y las primicias de lo más regalado que á su providencia debemos: dones magníficos como los de la reina de Saba, ó humildes como las grosuras de los ganados de Abel, que El lo ve todo y quizás primero la

1 P. TILMAN PESCH, S. J.—*Los grandes arcanos del universo. Filosofía de la Naturaleza*, § 744.

vacilante llama de pobre candileja en que arde un corazón circuncidado que el pebetero de oro de artístico mausoleo.

Puede el hombre negarle su asenso, cerrar á su verdad la inteligencia: sin duda que tiene la tremenda libertad de sumirla en el vacío del conocimiento de la primera causa y fin último de cuanto existe y sucede; pero verá en cambio vagar su voluntad sin norma fija para obrar, soportará penas y decepciones sin enlazarlas ni referirlas á un orden providencial, y sin mitigación y sin consuelo, como sufrirá sin remedio irresistible nostalgia del bien supremo á que tiende su espíritu; ni hallará, en último término, para sociedades y familias base donde asentar derechos y deberes, vínculos y respetos.

Mas como al fin el hombre recibió ese alto privilegio en un soplo del divino aliento sentirá al mismo tiempo repugnancia y aversión invencibles á la inconsciencia é inventará ídolos y mitologías, apacentaráse con cosmogonías y fábulas antropológicas ó cantará con desolada y poética inspiración *l' infinita vanité del tutto*.

Todos los errores religiosos antiguos y modernos—hasta el ateísmo—tienen un proceso y una explicación á la luz de la verdad; todos nos ofrecen la carencia de uno ó más de sus miembros integrantes. El ateísmo no es, en resumen, más que el empeño en negar á los sentidos del hombre la comunicación á la inteligencia de lo que necesariamente perciben; es sentir el contacto de los elementos pero no querer saber por qué la tierra está bajo nuestras plantas y el sol hiere nuestras pupilas. La idolatría aparece en razas, climas y civilizaciones diferentes, dibujando sobre un fondo común caracteres de truncamiento de una primitiva unidad de creencia, adivinándose al borroso trasluz de aberraciones, metempsícosis y lascivos génesis un trabajo de acomodamiento al medio social, y sobre todo una lucha entre las reminiscencias de una verdad comprensiva y transcendental á cuanto existió, existe y existirá, y la lógica pasional, el



impulso de indomados instintos de soberbia; lucha reñida en el campo religioso entre el alma y sus enemigos, donde al quedar vencida dejó como rehenes girones de púrpura en la tradición é ideas religiosas que tienen absolutamente todos los pueblos. Poseídos del frenesí de la sangre y los combates, en las trasmigraciones ó el pastoreo, como en el templo de Isis ó de Osiris, en el Parthenon ó el Capitolio reconocen un Dios que los ve y los manda, un origen y destino de donde proceden y á donde van, y esta idea, que es preciso llamar religiosa, sustituye á la filosofía y concentra la vida moral de la humanidad.

San Pablo en cortos y extremecedores versículos ¹ nos dejó el proceso psicológico del gentilismo; el por qué de la ira de Dios y del devanecimiento, la confusión y abominaciones en que cayó el hombre al transferir á ídolos el honor sólo á El debido.

No son las antiguas religiones á las actuales lo que la antigua astrología á la astronomía moderna, como dice Lubrok ², porque la ciencia de los astros y las leyes de su rotación no fueron conocimientos que, como el de Dios, tuviera *ab initio* el hombre y pueda adquirir por su razón con sólo tener vista en los ojos ó mejor dicho en el alma. Precisamente de la ignorancia astronómica de los hebreos se ha querido hacer un argumento contra la Biblia; como si Josué debiera preocuparse hondamente de giros siderales cuando atendía sólo á recabar de Dios auxilio extraordinario en las angustias de su pueblo; del Dios que sabía á ciencia cierta podía dárselo cumplido, parando el sol y la tierra ó destruyéndolos de un soplo en un instante y dentro de el mismo volviendo á crearlos. No sólo antes de La Place, Newton ó Galileo sino ántes de Moisés y de Josué pudieron los hombres y supieron algunos agradecer á Dios, profesando, si dis-

1 ROM. I, del 19 al 26 v.º

2 Origenes de la civilización, lib. I, § 2.

currieron acerca de ello, los más absurdos dislates astronómicos.

Pensar que eran casi de otra naturaleza que nosotros los hombres primitivos, supóngaseles tan incultos como se quiera, además de perdidos por los lóbregos caminos de la carne y de la sangre, no es á nuestro juicio base para un criterio que pueda recomponer por entero la incompleta historia de la idolatría. Su tronco, es verdad, que fué engrosando por superpuestas capas de abominación y proporcionada corteza de barbarie, pero la médula era el *anima naturaliter christiana*, de la misma naturaleza de las que, después de la hora de las tinieblas, habían ser reengendradas para Dios. Y como el conocimiento que tiene de sí mismo por intuición eterna y perfectísima, que se expresa á sí misma, según toda su infinidad en lo que la metafísica llama *verbo interior*, ni le plugo manifestarle sino en la Ley natural, las Sagradas Escrituras y Tradiciones, aunque nos parezca que de Dios directamente proceden los relámpagos que por ojos y fauces exalaron los monstruos y alimañas en que soñó encerrarle la locura humana, son en realidad comprobación de que ni aún sojuzgándola implacables sus enemigos pueden borrar enteramente del alma humana la imagen del Creador.

Un sabio filósofo español, honra de Asturias y de España, demuestra en reciente obra¹, ya traducida á idiomas extranjeros, que la unidad de la especie humana es un dogma científico además de religioso. Las escrituras cuneiformes y los hallazgos científicos ó casuales descubrimientos, revelando la unidad de las tradiciones primitivas, demuestran que sin un solo origen y procedencia de la humanidad no hay verdadera filosofía para su historia, ni punto de coincidencia racional para apreciarla que no sea negativo, ni número ni medida para la confusión y los misterios. Las

1 CARD. GONZALEZ.—*La Biblia y la Ciencia*.

tradiciones paradisiacas y mesiánicas pudieron conservarse humana ó naturalmente hasta Abraham por la asombrosa longevidad de los patriarcas anteriores: todavía se comprende que de esta tradición guardaran reminiscencias los pueblos que Israel miró como enemigos ó extranjeros ó en cuya servidumbre vivió, pues las relaciones de hostilidad implican al fin, comunicación. Pero no son naturales resultancias de la actividad pasional, imaginativa ó racional del hombre viviendo en el mismo medio ambiente, ni eventuales ó aisladas concordancias lo que ofrecen á nuestra vista las ruinas de las creencias primitivas desenterradas de todos los puntos del globo: es que «Dios hace que hablen las piedras¹, suscitando de sus tumbas á egipcios y caldeos para rejuvenecer la exegesis y la apología cristiana y embotar las armas del racionalismo contemporáneo, obstinado en zapar los cimientos de la obra divina.»²

En incompleto é imperfecto resumen condensaremos culminantes coincidencias, sin descontar á favor de nuestra idea el menoscabo con que la tierra devuelve lo que estuvo siglos en ella sepultado, como rehusa la memoria al promediar la inquieta vida, ó nos devuelve vagos y truncados ó confundidos con otros posteriores, los recuerdos de la primera infancia.

La regularización del estudio del grupo de lenguas semíticas ha hecho del dominio de la Historia y repoblado espacios antes vacíos y nociones vagas de pueblos primitivos que estaban perdidos para ella y son ya como para la Geografía el descubrimiento del Nedjed, oasis encerrado por los arenales de la Arabia que parecía tan estéril é inhabitado como

1 Luc. XIX, 40.

2 *La creación, la redención y la Iglesia ante la Ciencia, la crítica y el racionalismo*, por el P. R. MARTÍNEZ VIGIL, O. P., Obispo de Oviedo, tomo I, cap. VIII, § III, 2.

ellos y donde atrevidos viajeros hallaron pastando los rebaños y las tierras cultivadas de numerosas tribus.

El asirio dios Belo se corta la cabeza y de su sangre y tierra amasados surgen nuevos hombres, casi dioses: háblanos la tradición china ¹ de una felicidad tan completa en que nada dañaba al hombre y el hombre no dañaba á nada, perdida porque se rebeló contra el cielo y turbándose la general armonía se rompieron sus columnas y la tierra fué hasta sus cimientos conmovida: llama á la serpiente autor de todas las cosas malas, una fábula egipcia: ² cuéntanos la de Prometeo que su tormento no tendría término hasta que un Dios se ofrezca á sustituirle en sus sufrimientos y acceda á bajar á la mansión de Pluton en los tenebrosos abismos del Tártaro. ³ Escribe el erótico Catulo: *Extenuata gerens veteris vestigia pænæ*: aparece entre los restos de un templo druida hallados en Chalons sur Marne en 1831 un *virgini puriturse druides*: destácase distinta entre confusas figuras una grande serpiente en una piedra de época primitiva, hallada por Momsen en América; y así los gipcios, de quienes dice Masperò que eran el pueblo más religioso de la tierra, un pueblo devoto, que los demás ofrecieron víctimas en propiciatorio sacrificio, aquellas real ó simbólicamente inocentes y sangrientos estos. También nos hablan de otros internos sacrificios del pensamiento, la voluntad y los sentidos esos poemas índicos y pérsicos en que no puede uno absorverse sin sentir algo de la hipnótica alucinación del Ganges. ⁴

1 RAMSAY.—*Discurso sobre la mitología.*

2 PLUTARCO.—*De Osiride et Osiride*, núm. 24.

3 *Theatre d' Eschile*, traduct. par. ALEX PIERRON.

4 Bhrigov, hijo de Varona, se aproximó á su padre y le dijo: «Oh venerable padre, hazme conocer á Brahama»: Varona nombró sucesivamente el alimento ó el cuerpo, la verdad ó la vida, la vista, el oído, el espíritu ó el pensamiento y la palabra. Despues le dijo: «Lo que produce todos los sérés, lo

Este sentido nuevo y más amplio de las fábulas mitológicas ya le comprendía y á él aspiraba con varia fortuna en un curioso libro el bachiller Juan Pérez de Moya á principios del siglo xvii: ¹ pues tratar de recomponer sobre los descubrimientos y datos arrancados á los bosques de la Idumea, las necrópolis egipcias ó á las escavaciones ninivitas ó babilónicas la relación mosaica, es tentadora labor. Estos estudios por otra parte no pueden decirse nunca terminados: marchan paralelos con la restauración histórica de las falsas religiones ó mejor de los remotos y poco conocidos pueblos ó razas que las profesaron ó inventaron. ¿Quién asegura que mañana un huracán no arranque otra viegísima encina que, como la de Brownsville en la parte occidental de Pensilvania ² deje descubierto nuevo culminante suceso bíblico como aquella

que les hace vivir cuando han nacido, lo que es su objeto común y les absorve, hé aquí á Brahama á quien tú buscas.»

BARTHELEMY SAINT-HILAIRE DES VEDAS. — *Bibliothèque orientale: Chets d'œuvre littéraires de l'Inde, Pérese, etc.*

PÉRESE.—*Zend-Avesta traduits par Eichhoff.*—KHORDA.—La confesión de los pecados procedía á toda plegaria. «Yo me arrepiento aquí de todos mis pecados, de todos los malos pensamientos, palabras ó acciones que yo he concebido, pronunciado ó realizado en el mundo, y que en algo proceden de mi, pensamientos y acciones culpables, bien corporales, bien espirituales, terrestres y celestes, te pido perdón, oh Señor! y me arrepiento por estas tres palabras».

INDE.—*Reg. Ved traduit par A. Langlois de l'Institut.*—Sect. II, Himno IX, v. 14.—«Si, por tí es, Agui, por quien todos los dioses inmortales y benéficos comen el holocausto. Por tí los mortales gustan el fruto de la libación. Dios puro, tu produces las plantas, cuyo germen llevas en ti.

MAHA BARATA.—Debes fabricar una nave fuerte, sólida, bien unida con ligaduras. Todo se había vuelto agua. Su nave se bamboleaba como una mujer ebria. Por favor mio la creación no volverá á caer en confusión.

1 «Filosofía secreta donde debajo de historias fabulosas se contiene mucha doctrina provechosa á todos estudios, con el origen de los idolos ó dioses de la gentilidad. Es materia muy necesaria para entender Poetas y Historiadores, todo por el Bachiller Juan Perez de Moya, vecino de San Estéban del Puerto, dirigido al Señor Juan Bautista Gentil.—Año 1611.—En Alcalá de Henares.»

el primordial origen del reato que arrastramos los hijos de Adan? Más facil es que se complete el roto cuneiforme de la generación de los dioses asirios; y es menos aventurado suponer que la misma diligencia investigadora y crítica sagacidad moderna en lo que á otros órdenes de la vida se refiere, venga á evidenciar lo infundado de cualquiera de las ideas recibidas desde Volney. Pues así como resulta ahora que la abundancia y variedad de los personajes divinos, cuyo número parecía exceder á cuanto pueda imaginarse no son más que atributos, representaciones de sucesos, *Nu-mina nomina* que dice Perret; y el mismo Sol y aquel sa-beismo hasta cantado en óperas, no figura entre caldeos y egipcios á título de ser divino, sino como símbolo del poder de Dios, no será aventurado, repetimos, confiar en que se disipe la confusión que hay ó en los datos ó en la misma simbólica de la creación y renovación de la naturaleza y de la lucha del bien y el mal.

Cantú, que mientras desempolva los archivos de Milán, mira declinar su voga antes casi exclusiva; César Cantú que es á nuestros ojos y con relación á la historia moderna algo de lo que fué San Jerónimo, para las Sagradas Escrituras, observó que así como podría creer un extranjero una serie de divinidades diversas los títulos que en la Letanía damos á la Virgen, la divinidad única recibió con frecuencia diversos nombres que hoy nos suenan á dioses distintos, mientras conocimientos más completos no aporten datos como los de Colebroke que reduce á tres personas los innumerables nombres de los dioses vedicos.

Pero dejar de reconocer la eminencia é ilustres servicios hechos á la ciencia y á las investigaciones útiles y sabias porque Franck, Lessing, Lipsius ó Muller estén animados de un apriorismo negativo del concepto religioso, es como negar la penetrante inspiración de Leopardi ó el cruel ingenio con que Schopenhauer levanta el velo que nos encubre las miserias del mundo y de la vida: es en algún modo ol-

vidar que Dios hizo al hombre de un soplo de su aliento y no consulta sino á su providencia para distribuir sus dones: es quizás exponerse á no agradecerle cuanto es debido, cuando esos datos con lo que tengan de efectivo descubrimiento vengan un día á ser sólidos y preciosos materiales de la reconstitución histórica de la Verdad indeficiente, suprema aspiración del alma y su esperanza; que como decía Rousseau,¹ Dios no es Dios de tinieblas, sino de Luz.

Lo sencillo y dificultoso á la par de esa reconstrucción no está en deshacer y volver á armar la inmensa y espléndida catedral de Colonia, que esto hoy pronto se haría, aún sin los planos que dice la leyenda se llevó el diablo, y aún siendo una obra sabia que combinó los estilos arquitectónicos conocidos en los siglos medios. Nosotros tenemos íntegro é indefectible el plano del primitivo edificio religioso, pero fueron arrastradas muy lejos sus columnas, brutalmente arrancadas las claves de sus arcos, rebajados para innobles usos los materiales más preciosos, y acaso no entre en los planes de la Providencia que pueda el hombre leer de corrido en cuneiformes, piedras, cerámicas, ni papiros las traducciones á bárbaros y corrompidos dialectos del Génesis mosaico, y quiera de ese modo ponernos siempre delante la corrupción de Babel.

Pero qué más nos da!: el *testimoniūm animæ* no enmudeció ante el craso naturalismo de Strauss, quien llorando sobre la tumba de su hermano exhortaba á sus hijos á confiar en la alta providencia. Ese testimonio, además de en nuestro espíritu, tiene comprobaciones fehacientes é imborrables en la historia de los mismos humanos desvaríos, y energía suficiente para unir, traves de dos mil años, en una sola súplica al verdadero Dios, dos espíritus: el de un filósofo² desde las caprichosas y petulantes sociedades de la

1 EMILE, lib. III.

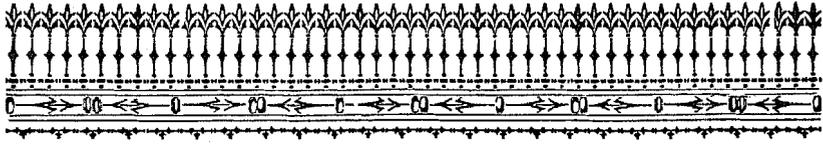
2 PLATÓN.—Amigo Dios, dadme que en lo interior os parezca hermoso y que lo exterior se conforme y tenga amistad con lo interior.

Grecia, alucinadas con su arbitraria libertad y abandonando la razón á los vaivenes populares ó á brillantes sofismas, y el de una asendereada monja, ¹ que cuando alcanzó España el grandioso y austero reinado del segundo Austria, «tuvo la ciencia de los santos y el ardor de divina caridad, á quien más aún inflamó con su visión el angel que con dardo encendido le transverberó el corazón, la que desposó en espirituales bodas al Amado, que consumió su vida en incendios de amor, y cuyo espíritu, en forma de paloma, vieron ojos mortales subir á los sublimes grados de la gloria». ²

1 SANTA TERESA DE JESÚS.—Yo os digo, hijas, que cuando eso llegare á alcanzar (verdadera paz con Dios) que no tenga poco, porque temo pasara adelante: por eso miraos mucho por amor de Dios: guerra ha de haber en esta vida porque con tantos enemigos no es posible dejarnos estar mano sobre mano, sino que siempre ha de haber cuidado, y traerle de como andamos en lo interior y exterior.—*Conceptos del amor de Dios*, tomo II, cap. II.

2 *Prefacio* de la Misa de la Santa.





II.

*Dicit ei Jesus: Mulier crede mihi, quia
venit hora quando neque in monte hoc,
neque in Jerosolymis adorabitis Patrem.*

JOAN., IV, 21.

APARECE una inscripción sanscrita y es mandada á París á la Escuela de lenguas orientales. No es posible comprenderla. A Renán le sucede durante el mes dedicado á su estudio, lo que dice le ocurría con los prodigios y primores artísticos, literarios y políticos de Grecia y Roma, contemporáneos de dioses lascivos y borrachos: no acierta á compaginarlos. Por fin, el ingenio y el estudio todo lo pueden: sube un día á la cátedra y el *mysterium absconditum* se ha roto; el verdadero sentido de la inscripción es revelado por la inteligencia superior de Renán á sus discípulos. ¡Solo á

Dios que ha amado tanto al mundo no le fué dado revelarle cosa alguna!

Si así fuese, medrados estaríamos á la hora presente, pues los datos positivos, los humanos cada vez aciertan menos á explicarnos cómo tuvieron remedio aquella terrible inquietud, la miseria de la vida, el vacío interior de la existencia, el terror de la muerte ó el suicidio en el individuo y el despotismo y la esclavitud en el orden social.¹

El paganismo, sin embargo, prepara para recibir á Cristo al mundo, porque siendo en medio de él imposible la satisfacción de las ineludables aspiraciones morales del espíritu, tienen estas mismas, luchando entre las abigarradas formas del mito y alimentadas insuficientemente con las reminiscencias de la revelacion primitiva y hasta con los horrores de los sacrificios humanos y los tenebrosos prodigios de la teurgia y las Sibilas, que convertirse á la postre en mayores incentivos del anhelo por algo nuevo y santificador que volviera alma, vida, sociedad hacia el camino de sus primordiales destinos por medio de un Salvador y una Redención: del Salvador que había de traer al mundo la ley de Gracia para santificación de toda criatura y unidad moral de las humanas razas por la difusión del Evangelio último y eterno; ley nueva que estaba en la antigua contenida como en la semilla el árbol y los granos en la espi-

¹ Max-Muller dice á este propósito: «Al vulgo le parecerá quizás más científico explicar esto, atribuyéndolo al instinto monoteísta de los semitas (como hace Renán). Pero el instinto es menos misterioso que la revelación? Qué mano implantó en el espíritu semítico la creencia de un sólo Dios? Fué la misma mano la que implantó en el espíritu ario la creencia en muchos dioses? El instinto monoteísta de la raza semítica, si realmente tuvo este instinto, ¿cómo fué oscurecido tan frecuentemente por el instinto politeísta de la raza aria, ó el instinto politeísta de la raza aria pudo ser tan completamente aniquilado que los judíos pudiesen elevar sus plegarias á dioses extraños sobre las colinas de Jerusalem, y los griegos y los romanos llegaron á ser cristianos fervorosos?»



ga, y de la que fuera aquella sombra ó figura solamente¹. A la descendencia de Adán, ya sin dones sobrenaturales ni divina semejanza, oscurecida su razón y despojada su voluntad para el bien natural é incapaz de los sobrenaturales, para quien la tierra cargada de maldiciones en vez de estar á su servicio hacíasele enemiga; á esta mísera humanidad esclavizada y hasta emparentada con Satanás, objeto de la cólera divina y merecedora de eternos castigos, no le bastaban para su rescate los méritos ni sacrificios del hombre más justo: necesitaba los infinitos y el sacrificio cruento y afrentoso del Deseado de los collados eternos, objeto de las complacencias divinas, á quien pertenecieran gloria y felicidad celestiales, en quien radicasen los dones perdidos por Adán; engendrado sin culpa, ideal de la humanidad libertada que como restaurador, dominador y dueño restableciera las perdidas armonías, hiciera estremecer á los avernos, doblar la rodilla á sus espíritus y domara la hosca tierra sobre la que haría, hasta renovarla, descender bendiciones.

La apoteosis del hombre era el paganismo; el Cristianismo nacería en un establo: porque vinieron la ley de Gracia y la profetizada redención por medio de un Salvador, que la compasión del Omnipotente movióle á enviar en su propio hijo, Dios también, que no debía manifestarse en el esplendor de su gloria, sino como humilde hijo de una Virgen; monarca supremo para la fé de sus Apóstolos y discípulos, para todos los que creyesen, pero que vivió vida triste y pobre y murió en el afrentoso suplicio de los malhechores.

Al punto que espiró Jesús rasgóse el velo del santuario dejando vacías ante la suprema realidad de Cristo las figuras de la antigua Alianza, preparación y preliminar de la nueva, de valor transitorio y circunscripto á la constitución religioso-política de Israel; anuncios de la plenitud y cumplimiento de

1 D. THOM.—*Sum. Theolog.*, q. 98, art. I.

la reducción de todas las cosas á la unidad del reino de Dios. Los Apóstoles enterrarían con honor á la Sinagoga, que al fin era su madre, y aún no romperían del todo el vínculo que los unió al Templo hasta que de la ciudad, por cuya suerte lloró Jesús, no quedase piedra sobre piedra, ó más bien « fué la Sinagoga la que se desmoronó juntamente con su templo y no los hijos de Dios los que de ella se apartaron ». ²

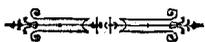
La Iglesia es una sociedad fundada por Jesucristo para que todos los hombres profesen su religión y por este medio consigan su santificación y salvación eterna: una Sociedad fundada para profesar la religión verdadera, debe ser *Una* porque una es la verdad: una sociedad de hombres bajo el magisterio y autoridad de otros hombres y con Sacrificio y Sacramentos dispensados por hombres, debe ser *visible*: una sociedad fundada para procurar el bien espiritual y eterno de todos los hombres, debe ser *perpetua*. Unidad, visibilidad y perpetuidad son las tres propiedades de la verdadera Iglesia de Jesucristo, de las puede deducirse la *necesidad* «*Extra veram Christi Ecclesiam nulla datur salus*».

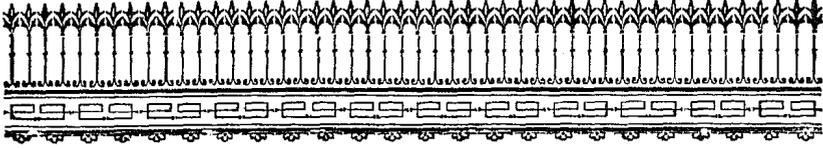
Una sociedad esencialmente una, fundada para profesar una sola fe, y para formar un solo cuerpo con una sola cabeza y un solo rebaño con un solo pastor, debe manifestarse exteriormente y poder ser conocida por la unidad de doctrina, unidad de obediencia y unidad de autoridad: una sociedad fundada por el mismo Hijo de Dios para la santificación y salvación eterna de los hombres, debe acreditar exteriormente con pruebas inequívocas de virtudes heroicas y milagros el elemento divino que la informa, y la verdadera santidad que la distingue: una sociedad esencialmente una, fundada por Jesucristo, para que todos los hombres entren en ella y se salven, debe manifestarse exteriormente por su predicación constante á todas las gentes, permaneciendo

1 BOSSUET.—*Reflexiones acerca de un escrito de Mr. Claude.*

siempre la misma en todos los tiempos y lugares: una sociedad esencialmente una, fundada por el mismo Jesucristo en persona, debe manifestarse exteriormente, acreditando que trae su origen de su divino Fundador por la mediación de sus primeros discípulos los Apóstoles, ó de alguno de los varones apostólicos que permanecieron en comunión con ellos. Unidad externa, santidad externa, catolicidad y apostolicidad son las *notas*, caracteres ó señales por las cuales se distingue la verdadera Iglesia.

Jesucristo, al fundar su Iglesia pudo haberse reservado el variar en la sucesión de los tiempos su forma ó constitución; lo que había sucedido en los tiempos de la ley natural y escrita: pudo haber atendido á la conservación de la unidad de sus fieles por medios extraordinarios, ya internos, ya externos; lo que había sucedido en la edad de los profetas: pudo haber dado por sí mismo, ó reservarse el promulgarlas á su debido tiempo, las leyes ceremoniales y disciplinares de su iglesia; lo que había sucedido en la ley de Moisés. Jesucristo, sin embargo, quiso que la sociedad fundada por él permaneciese siempre la misma en su estado, constitución y naturaleza. *Indefectibilidad en el ser*. Quiso que los encargados de continuar su misión predicando y enseñando á todas las gentes la doctrina que él les había enseñado, fuesen infalibles como testigos, jueces y maestros de la doctrina verdadera. *Infalibilidad en enseñar*. Quiso finalmente dejar á la iniciativa de los Superiores por él establecidos, el regimen y gobierno del pueblo cristiano, dándoles autoridad disciplinar, legislativa y coactiva, suprema é independiente. *Autoridad en regir*. Son las tres *dotes* ó prerrogativas de la verdadera Iglesia.





III.

Nam oportet et haereses esse, ut et probati sunt, manifesti fiant, in vobis.

I CORINTH., XI, 19.

QUÁN bien cuadra á la Iglesia la denominación de militante! Ven con sus ojos los Apóstoles no sólo cumplidas las profecías del aborrecimiento y persecución del mundo sino la más triste de herejías y cismas que seducían á muchos cristianos ¹. Pero júntanse antes de dispersarse los Apóstoles y llenos del Espíritu-Santo dicen los doce su juicio y su sentencia y convienen en el símbolo de la fe que servirá

1 et multos seducent. Math. XXIV, 5.—..... circa fidem naufragaverunt: quos tradidi Satanae, ut discant non blasphemare. I Thimot. I, 19 y 20.

de norma á su predicación como á la de sus sucesores y discípulos. ¹ Desgarramientos por fieras ó por garfios, potros y eculos, aceite ó plomo hirvientes, convirtiélos Dios en nuncios y conservadores de este depósito sagrado: pues á poco de la persecución de Diocleciano y cuando desembarazado Constantino de colegas y rivales ² convierte la paz en protección acuden á Nicea para condenar á Arrio y convenir en el mismo símbolo de los Apóstoles sus sucesores desde Africa, Hispania y Galias, Calabria, Pannonia y Persia. Y como Dios hizo servir el furor pagano para excitar el heroísmo de los mártires, vamos á ver cómo hizo servir las herejías de estimulante para más profundo estudio, perfecta comprensión y manifestación exacta del dogma: como cismas y herejías vinieron á ser depuradores y acendrados de los verdaderos fieles y obligáron á las dispersas y remotas Iglesias á acudir á cada paso á Roma, como centro de su unidad.

1 San Ireneo, Adv. hæer., 1, 2.—Tertuliano, I Contra Praxeam, 2.—Rufino, I De expositione Symboli.—S. León Magno, Epist. XXXI.

2 Probablemente movido Galerio á mejores sentimientos por su enfermedad, en su nombre y en el de Constantino y Licinio, publicó un edicto de este tenor: «1.º Marzo 311. Entre las asiduas atenciones que hemos prestado al bien público, ha sido la una establecer las cosas conforme á la antigua disciplina romana, y hacer que se enmendasen los Cristianos, los cuales, despreciando presuntuosamente la práctica de la antigüedad, abandonaron la religión de sus padres, y obstinados en ciertas ideas, fabricaban á su capricho leyes y se reunían en diferentes lugares. Habiendo dado nosotros un edicto para que todos se atuviesen á las reglas de sus antepasados, muchos de ellos padecieron, muchos perecieron. Viendo, no obstante, que la mayor parte persisten obstinados en su opinión, de manera que no quieren prestar el debido culto á los dioses, ni tienen licencia para servir al Dios de los cristianos, por nuestra clemencia y por la costumbre que tenemos siempre de hacer gracia á todos, les permitimos profesar libremente sus opiniones particulares, y reunirse en sus conventículos, sin temor, ni molestia, con tal que conserven el debido respeto á las leyes y al gobierno establecido. Esperamos que nuestra indulgencia inducirá á los Cristianos á rogar á Dios por la prosperidad y la salud nuestra y de la República.» Nos lo han conservado en griego Eusebio, VIII, 17, y Lactancio en latín *De morte persecutorum*, 34: *Panegyrici vet.*, pág. 215: *Vita Constantini*, c. 28.

En Nicea, ciudad tan abordable para los Obispos de Asia, Siria, Palestina, Egipto, Grecia y Tracia, como difícil y remota para los latinos, tenía que ser muy contado el número de estos. Era sin embargo, natural, presidiera nuestro Osio de Córdoba este Concilio ¹, habiendo inspirado su reunión y citándole los mismos orientales al enumerar sus miembros más eminentes antes que á los Obispos de las sedes apostólicas; Alejandro de Alejandría, Eustato de Antioquía y Macario de Jerusalem; venían después los dos Eusebios de Nicomedia y Cesarea. . . . Sí, muy grande debía de ser la resonancia del nombre de Osio en el mundo cristiano para señalarle así entre «aquellos 318 servidores de Abraham» ², representantes del cristianismo contemporáneo de los Apóstoles ó el recentismo de godos y persas ³; célebres los unos por la sabiduría; por la austeridad de la vida, la paciencia ó la modestia otros; muy ancianos algunos, y algunos en la primera lozanía ⁴; brillando muchos por los dones apostólicos y llevando muchos sobre su cuerpo las cicatrices de Cristo. ⁵

Sea ó nó de institución divina la forma conciliar para que emitan su sentencia los que como sucesores de los Apóstoles son testigos y jueces de la fe, lo es que á los sucesores de Pedro corresponde pedírsela y sobre todo confirmarla. ⁶

1 Sulpit. Sev., Hist., II, 55. *Nicana synodus auctore illo (Osio) confecta habebatur.*

2 San Ambrosio, entre otros, observó la coincidencia. *De fide ad Gratian.* I.

3 Sócrat., *Hist. Eccles.*, II, 41, cita á Theóphilo metropolitano de los godos y predecesor de Ulphilas.

4 EUSEB., *Vita Constant.*, III, 9.

5 TEODOR., *Histor. Eccles.*, I, 7.]

6 El Cardenal Gousset, Arzobispo de Reims, en su excelente *Exposition des principes du droit canonique*, cap. XII, 3.ª quest., resume las opiniones de teólogos y canonistas acerca de si la institución de estas asambleas es de derecho divino ó de derecho humano. Salmerón, Alberto Pighío

Pero la Iglesia no crea sus dogmas *ex nihilo*: para resolver la disensión de Antioquía sobre la circuncisión de los gentiles ni aún los mismos Apóstoles enseñaron lo que ha parecido al Espíritu-Santo y á ellos inspirados por El, sino después de maduro examen, ni se tomó acuerdo sin oír las razones de los que, después de hablar Pedro, desearon dar su sentencia.¹

La verdad de las declaraciones dogmáticas la asegura una divina promesa al Concilio con el Papa, al Papa consultando á la Iglesia y al Papa cuando habla *ex cathedra*: pero el objeto del Concilio ecuménico, su misión no es la creación del dogma, sino su declaración: agotar por el estudio lo ya revelado por Dios preguntando á las Escrituras y á la Tradición y con el auxilio del Espíritu-Santo definir la creencia de la Iglesia, dictar leyes disciplinales y modificar el derecho canónico en lo que no es por su naturaleza inmutable. Esta noción tan sencilla contesta, sin embargo, los argumentos de los que invocan la eternidad de la verdad como contradiciendo las definiciones posteriores. Y los que suponen paralizada la acción de pensar en los miembros de estas asambleas revelan no haber leído las actas de ninguna, pues ni los dictámenes más controvertidos de la Academia de Ciencias de París, ni las más complejas discusiones de los Congresos europeos suponen

y muchos otros doctores piensan que la institución de los Concilios, no es más que una institución de la Iglesia: otros, en mayor número, sostienen por el contrario que la institución de los Concilios es verdaderamente divina, que Jesucristo mismo los estableció y los Apóstoles pusieron en práctica ésta institución. El Cardenal Belarmino adopta como la más probable esta opinión, que es la de Torquemada, el Cardenal Baronio y San Carlos Borromeo. Este prueba su institución por las palabras de Jesucristo á los Apóstoles: *Ubi fuerint duo vel tres congregati in nomine meo, ibi ego sum in medio eorum*, que es la misma aplicación que le da el Papa San Celestino escribiendo al Concilio de Efeso y el de Chalcedonia dirigiéndose al Papa León, y San Gregorio Magno y el III Concilio de Toledo.

¹ Act. Apost., XV.

una actividad intelectual, una depuración de la verdad, esfuerzos más aguzadores de la memoria y el ingenio, que el más apacible y unánime de los Concilios. Una de esas encíclicas que no leen ó leen dormitando las gentes de mundo consumió de seguro más substancia intelectual que el más difícil título de un Código ó una sentencia del Supremo en pleito de cuantía máxima, que al fin aquellos sufren impasibles radicales enmiendas y se contradicen á menudo estas.

En estricta doctrina católica no puede disminuirse ni en un ápice la fe en los dogmas definidos, ni discutirse deben las palabras con que nos los impone la Iglesia en virtud de divino magisterio. Pero esto no obsta para que legítimamente podamos apetecer como Teodorio de Mopsueta, por la ciencia el discurso y la Escritura elevarnos «á la esencia, á la filosofía del misterio». Dentro, pues, de la órbita de la revelación y del reconocimiento de que no tiene esta más intérprete á quien Dios ilumine indefectiblemente que esa misma Iglesia, no impide ni jamás atajó el vuelo de las almas hacia su centro; antes anima y favorece los esfuerzos de sus apologistas para presentarnos en sus dogmas ora la armonía de los decretos de Dios con la eterna razón de Sí mismo y nuestra limitada razón, con los aciertos y sentimientos de las filosofías pagana ó cristiana; con las invencibles nostalgias del corazón del hombre con la historia de su vida, ó las leyes del firmamento.

¿Pero en la Iglesia de Cristo, preguntaba Vicente de Lerins en el siglo v, puede existir progreso de la religión? Que crezcan, respondía, en las partes como en el cuerpo, en cada fiel como en toda la Iglesia la inteligencia y la ciencia y la sabiduría, pero manteniendo el mismo dogma, el mismo sentido, el mismo pensamiento Que los dogmas antiguos sean por esta celestial filosofía en el curso de los tiempos trabajados, limados y esmaltados; pero es un crimen cambiarlos, truncarlos, mutilarlos. Quiero que reciban claridad, luz y brillantez, pero que guarden su plenitud, su



integridad, su limpieza. ¹ Hé aquí la amplia concepción de la apologética católica que alcanzó un humilde santo de la primera época de la Iglesia: ¡Cuánto más científica, sincera y generosa que la que momentáneos intereses quieren imponer hoy en España! En aquella caben y viven desahogadamente—no citando más que la selección de nuestra cosecha en este siglo—*El Criterio*, la *Historia de los Heterodoxos Españoles* y *La Biblia y la Ciencia*.

La nueva escuela protestante de Hegel y de Baur, despojando de toda sólida substancia á su fe, pretende que el dogma es producido por el antagonismo de opiniones encontradas. Media un abismo entre esa idea contradictoria y la distinción de dos elementos en el dogma que hizo á principios del siglo xvii el sabio jesuita Petavio, y á quien siguieron los historiadores más eminentes de la dogmática, católica Prudencio Maran y Mæler; un elemento fijo y uno transitorio: el primero es la substancia misma de la Fe, y es el segundo la manera de comprender y exponer este elemento substancial.

La razón y hasta la necesidad de esta distinción aparecen comprobadas por la historia de lo que fué precisamente tema capital de la controversia y definición nicenas, en la consubstancialidad del Hijo con su Eterno Padre, que era lo que Arrio negaba. Todos los Padres ó mejor toda la Iglesia, había profesado siempre como verdades divinamente reveladas la verdadera divinidad del *Logos* (*Verbum divinum, Christus*); su igualdad al mismo tiempo que su distinción personal con el Padre: pero estos dogmas no habían sido formulados siempre antes del primer Concilio general de una manera tan precisa y positiva. Algunos de los antiguos Padres sin llegar á la exactitud de la fórmula ni-

1 Commonitorium. Incipit Tractatus (a) Peregrini pro catholicæ Fidei antiquitate et universitate adversus prop hanas omnium novitates hæ reticorum. N.º 28 et 29. *Quomodo in Ecclesia profectus habeatur religionis.*

cena habían comprendido y enseñado el *logos* perfectamente; sirviéronse otros de dicciones menos felices. En los apolo-
gistas sobre todo, para hacerse más accesibles al paganismo
y habituados á los términos de la filosofía platónica, la con-
substancialidad divina parece un tanto desvanecida ó se
acentúa demasiado la distinción personal del Hijo y el Pa-
dre. Alguno de los Padres usó en sus escritos términos que
podían por sus deducciones arrastrar hasta á la herejía, ó
expresanse otros en los suyos á veces con perfecta y otras
con menos irreprochable precisión teológica.

Si cumpliera á nuestro propósito comprobaríamos con
citas muy copiosas esta clasificación con solo seguir al ilus-
tre Petavio ¹, á quien los protestantes con sus contradicciones
se encargaron de dar razón y relieve. Asustado el anglicano
Bullus de una exposición histórica tan libre como científica,
empeñose en demostrar lo indemostrable ², á saber, que antes
del Concilio todos los Padres habían positiva y exactamente
profesado la doctrina de Nicea: mientras Baur de Tubinga ³
le acusa de haber traspasado el punto de vista católico, y el
Nuevo Diccionario histórico francés, publicado en Caen á fines
del pasado siglo, algo indique de esto, y aún cuando sin
decir quién, ni dónde, asegura que los protestantes hicieron
para su uso una edición de los *Dogmata Theologica* del ilustre
jesuíta.

De aquellas controversias del siglo iv procedían las es-

1 El docto Hefele (*Histoire des Conciles*, tomo I), alega en defensa de la
distinción indicada que la fijeza y perpetuidad del dogma de la Iglesia de una
parte, y de la otra las vacilaciones de muchos Padres en la expresión del dog-
ma del *Logos* habían sido señaladas por San Agustín *in Psalm.*, LIV, pág. 22)
Num quid perfecte de Trinitatem disputatum est, antequam oblatrant ariani?
así como por San Jerónimo (*Advers. lib.*, RUFÍN., tomo II, pág. 440 ed. Migne)
Certe antequam in Alexandria quasi demonium meridianum Arius nasceretur,
innocenter quædam et minus caute locuti sunt.

2 *Defensio fidei nicenæ.*

3 *Doctrine de la Trinité*, I, 110.

cuelas de Alejandría y Antioquía. Por el impulso que el genio de Orígenes imprimiera con sus obras, los teólogos alejandrinos interpretaban las Escrituras con un sentido alegórico y místico, y hasta en la simple narración buscaban sentido figurado: parecíales insuficiente la interpretación literal, gramatical é histórica de los antioquenos, por más que estos admitían también un sentido místico, sobre todo en las figuras típicas de la Antigua Alianza. No rechazaban unos ni otros la inspiración divina de la Biblia, ni la Tradición, pero no podían señalar á aquella los mismos límites ni dar á esta igual importancia viendo misteriosas reconditeces del pensamiento de Dios los alejandrinos y un admirable acomodamiento á las exigencias de la razón humana los de Antioquía. Fueron estas escuelas como estimulante del ejercicio de la mente y del estudio en dirección preconcebida; y si en las dos hubo quien traspasara el linde de la herejía no fué culpa de las escuelas que otros profesaron viviendo y muriendo en la ortodoxia: ni alcanzó su influencia al concepto moral, pues en el espacio de una generación Teófilo de Alejandría fué el astuto fomentador de las persecuciones contra el Crisóstomo, el más ilustre quizás de los discípulos de Antioquía; y sin el sobrino de Teófilo, San Cirilo, hubieran de tejas abajo prevalecido las malas artes y herejía del antioqueno Nestorio.

Los antecedentes y consecuencias del cisma oriental abrazan la historia entera del que con impropiedad según Thierry ¹ llamamos todos Bajo Imperio. En el concepto religioso no es menor la importancia de este cisma que arrancó de la comunión católica los patriarcados apostólicos, las sedes de los ocho primeros Concilios ecuménicos, las cátedras, desiertos, lauras y monasterios desde donde predicaron y asombraron con sus milagros y penitencias los Santos y

¹ *Recits de l'histoire romaine au V siècle.*—Derniers temps de l'Empire d'Occident.

Santos Padres, Doctores y Escritores eclesiásticos orientales. Allí se reconcentró después de la destrucción del Imperio de Occidente la vida romana, y mientras aprendían á vivirla godos y francos, lombardos, normandos y sajones, suscitábanse en la antes obscura Bizancio los primores y artísticos prodigios de la lengua de Pericles, que acabaron por hacer suya los descendientes de Teodosio cuando la astucia de un eunuco arrancó de los costados del Imperio de Occidente, la prestigiosa Iliria.

Teniendo instintos tan diversos el Oriente y Occidente romanos y calculando el formidable peso de aquel Imperio quizás fué previsor Teodosio al dividirle entre sus hijos. Las consecuencias, sin embargo, tenían que ser infelices: la mitad de la energía del nervio de Lacio no era suficiente á resistir el torrente de los bárbaros y seguirían mesopotamios, persas y sirios enviando con sus productos á Constantinopla reminiscencias de las voluptuosidades babilónicas, enervadores quietismos y aberraciones idolátricas.

Mas que historiadores y documentos oficiales dicen muchas veces las representaciones alegóricas. Las hay bizantinas muy variadas: un *Basileus* se nos aparece revestido de Rey de Judea; otro esmaltado en colores sobre dorada vitela¹ fija sobre medio mundo sus plantas y le adoran proster-nados vencidos de todas las razas de entonces, sosteniendo la lanza y corona ángeles; y teniendo sobre su frente otra suspendida el Padre Eterno. Sin duda tomaban por lo serio estas alegorías y al Cristianismo por *instrumentum regnandi*.

Los errores en materia de fe definida por la Iglesia, se hicieron heréticos por la pertinacia en profesarlos, y como no hay razas ó etnografía de los espíritus, no hay clases de

1 Basileus Byzantin. Basile II, fils de Romain II et de Theophano en grand costume imperial d' apparat. Miniature d' un psautier datant des premieres annes du XI siecle, conserve á la bibliotheque de Saint Marc de Venise. (D' apres les Arts industriels au moyen age de M. Jules Labarte).

herejía . Mas en la historia de su vida psicológica los errores orientales parécennos más culpables: enturbiaban y pretendían envenenar fuentes tan puras y tan claras como el símbolo niceno y la epístola dogmática de San León Magno, mientras precisamente combatiendo á maniqueos y pelagianos daba las primeras—aunque tal vez las más admirables—expansiones á la apologética occidental el genio de San Agustín, al que siguieron Optato de Milevi y nuestro Paulo Orosio.

No implicaba, á nuestro juicio, la atracción por heréticos abismos que suscitaban y habían de suscitar á cada paso los orientales, que el breton Pelagio diera absurda y errónea solución á esos problemas esencialmente humanos, que surgirían en nosotros diariamente sin el auxilio de la fe divina: porque padece tanto el hombre siendo Dios tan bueno, como se concilian divina presciencia y libertad humana; porque Jesús no hizo desaparecer el mal enteramente, y como deja vivir libre nuestra actividad moral la divina gracia: herejías que cundieron entre los míseros á quienes los bárbaros acababan de arrebatár mujer é hijas, incendiar las moradas y asolar sus campos.

Por otra parte, la herejía de Pelagio, como la de los maniqueos ó la de Prisciliano, vinieron del Oriente; mas así y todo no fueron como aquél sutílizar naturaleza y grados de divinidad del Hijo ó si su Madre era madre suya; aquellas *logomachias* que cundían en Constantinopla, como cunden ahora en París esas extravagancias *fin de siècle* entre los ahitos de todos los placeres y todas las fantasías.

Tampoco fué al parecer tan cristiano el mismo Carlo-Magno en cuanto á uniones conyugales: también hubo Césares de Occidente excomulgados, y duran, sostenidas por simoniacos y concubinarios, las luchas entre el Sacerdocio y el Imperio y sin embargo lucieron casi enseguida sobre los dos los astros gemelos de la Cristiandad.

Aunque Constantino llevó la protección que prometiera

en Nicea ¹ hasta quemar los escritos y prohibir el nombre de arriano, la herejía no desapareció; el fuego permanecía oculto bajo la ceniza. Entre otros, Eusebio, el influyente Obispo de Nicomedia y Theognis de Nicea callaron por miedo al Emperador, pero repugnaban el símbolo y sobre todo la palabra *omousios*, *consubstancial*, achacándola no precisar bastante la distinción personal entre el Padre y el Hijo. La personalidad del Hijo, decían, no está protegida y su divinidad queda sacrificada para dar cabida á una idea sabelianista acerca de la identidad del Padre y del Hijo. Según no mucho después refiere Sócrates ² los Obispos que habían de llamarse *eusebianos* no hubieran querido unirse al Concilio para pronunciar el anatema contra Arrio; hubieran preferido parapetarse en una distinción que ha reaparecido y héchose famosa en otro periodo de la historia de la Iglesia; la distinción *de hecho* y *de derecho*. Querrían de seguro firmar el símbolo de Nicea, condenar los errores que él condenaba, pero negaban que Arrio *de hecho* hubiera profesado y enseñado estos errores. De este convenció á Constancia su confesor y luego ella á Constantino, su hermano, y en un hecho al parecer íntimo está sin embargo la clave del más accidentado periodo del siglo iv. Dos veces en los postreros años de su vida se calmó Constantino con las explicaciones de aquel San Atanasio, columna de la ortodoxia y centro intelectual de los católicos de Oriente, pero concluyó por mirarle como un perturbador de la paz del imperio y firmó el primer destierro y comenzaron aquellas legendarias persecuciones que con las de Osio, San Maximino de Poitiers y los atropellos

1 Constantino hablaba en latín y uno de los asistentes sentado á su lado traducía al griego su discurso. «..... No vacileis, amigos míos, no vacileis, »vosotros todos, servidores de Dios: alejad toda causa de discusión, resolved »las dificultades de la controversia según las reglas de la paz, á fin de cumplir »la obra más agradable á Dios, y proporcionarme á mi, colaborador vuestro, »una alegría sin límites.» EUSEB., *Vita Constant.*, III, 12.

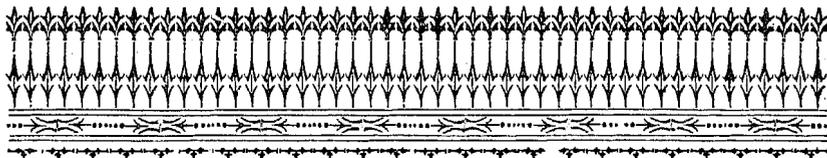
2 *Histor. Eccles.*, I, 14.—Lovanii, 1569.

de los Papas Julio y Liberio llenan el imperio de Constancio.

Las claudicaciones ó caída de Liberio y Osio, aún planteadas sobre textos escritos cuando temían Atanasio y Máximo que el mundo amaneciese arriano cualquier día, y tomados á la letra los breves incisos de cargo, podrían acusar una falta personal, nunca una declaración de tolerancia siquiera. ¿Ni á qué habían de claudicar Osio á los cien años y contando muchos Liberio cuando nada humanamente les restaba por padecer?

El que claudicó fué el arrianismo que en Oriente hicieron olvidar otras herejías y le abjuraron en el día más glorioso de su historia francos, visigodos, ostrogodos y lombardos.





IV.

..... esa Iglesia de Bizancio no es más que una fracción herética, según la costumbre que tiene de separarse de la unidad.

S. THEODOR. STUDITA. EPISTOL. VII. CATECHETECCA. THEODORUS OMNIBUS UBIQUE PROPTER CHRISTUM DISPERSIS FRATRIBUS, ET IIS QUI IN CARCERIBUS ET EXILIIS DETINENTUR, IN DOMINO SALUTEM. SIMOND.—Tom. V, *Patrologia græca*.

AQUELLA predisposición á todos los placeres del lujo y la ociosidad, aquella alianza de la alegre corrupción de los griegos y el muelle afeminamiento de los sirios con que Gibbon caracteriza la vida bizantina en el siglo v concentrábanse en Constantinopla cuando llegó á regirla espiritualmente el Crisóstomo. Parecía una equivocación de la política ó una ironía del destino mandar allí un monje que

guardaba como un ideal querido las austeridades de la celda y la independencia de alma del cenovio, enfrente de una corte frívola y galante que se ocupaba del gobierno de la Iglesia como intermedio de sus placeres, regida en apariencia por Arcadio y en realidad por su mujer Eudósia « en la que involuntariamente había que pensar cuando se censuraban las costumbres de las mujeres. » ¹

Las úlceras bizantinas solo podían curarse con el hierro y el fuego: estas curas asustan á los que no creen de veras en la justicia del poder de que son mandatarios, que exige y acepta las reparaciones del escándalo; único poder purificador capaz de hacer surgir de la sentina misma de la corrupción virtudes y santos, porque Dios vive en él. Pero son tanto más simpáticas al pueblo estas campañas de moralización cuanto más rígidas y más necesitada de ella está la sociedad. Emprendida esta por uno de los oradores más elocuentes del mundo ² que hacía llorar á pobres y ricos cuando sublimaba hasta los cielos la caridad; ³ estremecer si lanzaba el *Væ divitibus* contra aquel lujo procaz, ó si denunciaba que para comprar una magistratura que facilitase el latrocinio « disipais vuestra fortuna, tomáis en préstamo usurario, no vacilais en empeñar mujer é hijos »: ⁴ era naturalísimo que aquél pueblo que el Crisóstomo tenía abrazado sobre el corazón, que era para él padre, madre, hermanos, hijos, ⁵ iluminara con sus antorchas el Bósforo y estremeciera

1 Dijose que San Juan Crisóstomo había comparado en una de sus homilias á la emperatriz con Herodiades pidiendo la cabeza del Bautista; pero además de otras razones contradicen este aserto el que un escribano como el Crisóstomo no podía confundir á Herodiades con su hija Salomé. Lo que parece cierto es que protestó desde la cátedra contra el decreto que mandaba tributar á las imágenes de la Emperatriz honores idolátricos.

2 VILLEMMAIN. *Tableau de l'eloquence au IV siecle.*

3 AD TITUM., *Homil. IV*, cap. II.

4 IN ROMAN., *Homil. XIV*, pág. 10.

5 IN ACT. APOST., *Homil. III*, 5.

con sus aclamaciones la basílica cuando emperador y emperatriz comprendieron era más político levantar el primer destierro de su Obispo. Hombres así hacen refulgir á los ojos mismos de la incredulidad y el vicio, el nimbo de la virtud: se imponen, y al fin si no los convierten á Dios, convéncenlos de que vive en sus apóstoles, única sombra de consuelo cuando el pagano Zosimo exclamaba: «bajo este régimen los hombres honrados se hastían de vivir y desean la muerte».

Un notable historiador protestante ¹ ve en la derrota del Crisóstomo la de la justicia y el presagio de las futuras humillaciones de aquella Iglesia de Oriente, que apesar de los modelos que Dios le tenía todavía reservados iría perdiendo bajo los Césares toda independencia y toda fecundidad.

Poco después ocupó Nestorio la sede bizantina siendo fervorosamente aclamado por el pueblo y la corte de Teodosio II, á quienes seducía su aire soñador y palidez penitente, su voz sonora y alambicada oratoria: tan sólo no participaron del general entusiasmo por las retóricas del antiguo mendigo de Germanicia las *reynas vírgenes* como llamaban á las hermanas del Emperador. Nestorio se encargó de dar pronto la razón á esta desconfianza con tan imprevisto como audaz ataque á la creencia universal: «guardaos — hizo decir y corroboró luego desde la cátedra de Constantinopla — guardaos de atribuir á la Virgen María el título de Madre de Dios, *Theotocos*; María era una criatura humana y el Creador no pudo nacer de la criatura». ² Aunque ya parecía Teodosio II el primer nestoriano de su Imperio, tuvo Nestorio que sufrir le interrumpiera y contradijera en nombre de la creencia universal un abogado que fué más tarde Obispo de Dorilea.

1 Saint Jean Chrysostom his Life and Times by Rev. W. R. STEPHENS.

2 NESTOR. *Serm. I.edic.* Migne.

La fiel energía de San Cirilo, Patriarca de Alejandría, fué el instrumento de la Providencia que luchó y venció contra el tesón de Nestorio las intrigas de los Obispos más ó ménos declarados suyos y la protección oficial. La historia contemporánea ¹ acusa á aquél de carecer de esas tiernas y dulces virtudes que nos embelesan, nos hacen devotos y hasta amigos de otros Santos: amables virtudes casi siempre incompatibles con el genio de mando y la entereza que tenía San Cirilo y allí necesitó la Iglesia.

No fué un *latrocinio* el III Concilio general porque aprovechó Cirilo, como legado del Papa, el mensaje de éste, para excitar la fe de Efeso: aprovechó los recuerdos venerandos de los últimos años y Asunción de la Virgen de que estaba aquél pueblo perfumado todavía: sirvióse, como Doctor, de aquella dialéctica esmaltada de imágenes, que había de parecer á Focio ritmo sin medida ni número: y cuando dominaron al Concilio la violencia y la intriga hasta aprovechó la africana astucia para enviar al Emperador en el hueco bordón de un peregrino aquel mensaje que hace salir de su celda despues de 48 años al Abad Dalmacio, á quien se veneraba como á Santo y que al frente de sus monjes va á la corte á entregarle.

Libre, al fin, el Concilio condenó á Nestorio y disolvióse entonando por las calles de Efeso esa dulce oración del avemaría: el heresiarca fué á morir al Oasis miserablemente, persistiendo en aquellas protestas que en Efeso hacían llorar á Acacio de Mylytene y Teodoto de Ancyra, ancianos venerables: « Jamás llamaré Dios á un niño de dos ó tres meses, un niño amamantado por una mujer. »

En el lazo hipostático de las dos naturalezas de Cristo por admirable concierto de nuestros dogmas entre sí y con nuestra alma hallan descanso y alivio anhelos y pesares de la vida: purificanse y santificanse en Jesús y su Madre in-

1 THIERRY. *Recits de la Histoire contemporaine au V siecle.*

petuosos amores de nuestra adolescencia, dolores profetizados en el Paraíso á nuestras mujeres, entrañables ó amarguísimas emociones paternas. Que pregunten, los que ahora ven como Nestorio en estos cultos idolátrica anatomía, si ese acomodamiento de los sufrimientos de un Dios y de su Madre á las humanas desventuras, no sirvieron de nada á tantos niños abandonados, inermes mujeres ú hombres desesperados ó abatidos. ¡Cómo han de humillar la verdadera devoción si inspiraron la Virgen con el Niño de Murillo, la estática de Mategna, la sonriente de Gerardo Notti, la humilde expresión con que ofrece á Jesús lirios y rosas la de Carlo Dolci, la Virgen y San Antonio del Ticiano, la Presentación de Felipe Champagne, la de las rocas de Leonardo de Vinci, la gótica Anunciación de Van de Goes, la de la Leche de Rembrant, la Natividad de Alberto Durero, la Madre y el Niño rodeados de Santa Catalina, San Benito y San Jorge de Veronese, la Adoración de los Magos de Tiepolo, la de la Cuna de Rubens, la Virgen, el Niño y San Juan de Van Dyck, y por citar después de estos prodigios del genio, uno de la inspiración contemporánea el Niño Dios de Josephine Hloussay.

Antes de su muerte entrevió San Cirilo la nueva herejía: Nestorio negaba la unidad en la persona de Cristo y Eutiques pasando al extremo opuesto sostuvo la unidad de naturaleza. Un violento sucesor de Cirilo quiso imponer esta herejía prevaleándose de la debilidad que amedrentados mostraron muchos Obispos en el conciliábulo que reunió: mas la Epístola admirable al Concilio de Calcedonia de San León Magno consiguió que nadie se acuerda de Eutiques, y queden solo dos oscuros y medio muertos patriarcados nestorianos.

Detengámonos un instante ante la noble virgen Pulqueria. Muchos de los grandes desaciertos de su hermano Teodosio, provocábalos el miedo á aquel ascendiente que sobre él ejerciera desde niño, y del que le apartaban quizás más



que esposa y ennuços, la propia debilidad de su carácter: á los irresolutos tiene que no ocurrirles ni el más fugaz inconveniente para que agradezcan se les empuje al camino recto. Ella destruyó la intriga nestoriana, obtuvo la confirmación del verdadero Concilio de Efeso, la deposición de Dioscoro y cuantos aciertos decretó su hermano.¹ Al heredar, como nieta del gran Teodosio, la diadema imperial, casose para que compartiera su autoridad únicamente con aquel caudillo Marciano, que, con solo otros dos, ponía por modelo de Césares cristianos en el siglo VIII el papa Gregorio II.²

La concepción grandiosa de las relaciones necesarias entre la Iglesia y un imperio cristiano las enunció Constantino en Nicea y á plantearlas en Códigos³ y vida consagró toda la suya Teodosio I. Mas aunque á tan sorprendentes mutaciones nos tenga acostumbrados la Historia, algo muy extraño debe ocurrir en este punto en el imperio de Oriente para no hallar, en tantas como se dieron, explicación que no peque de aventurada ó deficiente de como combinaban los Emperadores humillar las cesáreas cabezas al ser consagrados para guardar y hacer guardar fidelidad á la Iglesia y su doctrina; ⁴ prosternarse hasta la tierra para venerar al Papa, ⁵ y tener sin tregua Papas y mundo cristiano pendientes de la nueva herejía ó el nuevo cisma que iba á produ-

1 La luz de tu piedad, la dice el Concilio de Calcedonia, es derramada por todas partes: el resplandor de tu mérito brilla en los ojos de todos los hombres, que viendo tus buenas obras glorifican á nuestro Padre que está en los cielos. Por tu medio se predica en todo el mundo la Doctrina apostólica.

2 Epístola á León Isauro contra la herejía iconoclasta.

3 *Codig. Theodos. de Hæretic.*, XIV, 5.

4 MARTÉNE. *De antiquis. Eccles. ritib.*, tomo II, col 563.

5 ANAST., *Bibliot. Histor. de ritis Rom. Pontif.*, pág. 49-52. Tunc Justinus Augustus, dans honorem Deo, honorabit se pronus (in terram) et adoravit beatiss. Papa Joannem.

Tunc piissimus Augustus Justinianus, gaudio repletus, humiliabit se sanctæ Sedi apostolicæ, et adoravit beatiss. Papam Agapitum.

cirse en Constantinopla. Es natural no comprendiera cuanto promueve y fomenta el culto externo al interno un soldado nativamente despótico que como León III pasó de la hueste al solio: aún en su hijo ó en los inmediatos usurpadores del Imperio se comprende aquella obstinación contra el culto que hacen más ó menos mitigados durar un siglo los tormentos de los fieles que nos refiere San Teodoro Studita.

Lo asombroso es que Zenón para conciliarse el favor de los católicos presente al Papa una confesión de fe irrepreensible prometiendo poner término á las intrigas heréticas, y conceda luego « los favores de Jesucristo y alto puesto en la estima imperial » ¹ á los que aceptasen aquella *Ectesis* que tenían que rechazar los católicos y los monosofistas puros. Lo absurdo es que el célebre Justiniano no comprendiera que la controversia de los *tres capítulos* se proponía tan sólo nuevo movimiento estratégico contra el Concilio de Calcedonia: le ofuscaran su mujer y la propia vanidad haciéndole explicar teologías al Papa, ² olvidado de que en sus Códigos proclamaba la superioridad de la potestad espiritual sobre la temporal. Decía el Papa Agapito de Justino « creí hallar un emperador cristiano y encontré un Diocleciano »: ¿mas qué podría decir de Justiniano el Papa Virgilio? Arrancado tan violentamente de su refugio en el templo de Santa Eufemia que el desdichado llevó arrastrando las columnas del altar á que se abrazara, fué el palacio de Placidia dorada cárcel donde, según el humor de Teodora ó los vaivenes de los tres Capítulos, era amenazado ó alhagado por una corte de disfrazados esbirros durante los últimos años, de su vida.

Quedó sin embargo de nuevo comprobado que los Romanos Pontífices sin transmutar nuestra flaca arcilla, son oráculos divinos en lo que á toda la Iglesia sustantivamente importa; pues no entendiendo el griego y suscitándole

1 EVAGRIO., *Histor. Ecclesiast.*, III, 14.

2 *Vigilio de tribus capitulis omnia subtiliter manifestamus.*

todos los días árdulos problemas de oportunidad en la condenación de escritos ó personas que no condenara el Concilio de Calcedonia, jamás Vigilio vaciló un punto en los de fe y doctrina católicas.

Así como esta compleja controversia encerraba una prolongación, un eco del nestorianismo, rejuvenecieron bajo una forma más delicada y menos ostensible los monotelitas el monosofismo. Otra vez se trató por miras mundanales, aunque inútilmente otra vez, de envolver con enmarañadas fórmulas á la Santa Sede, cuando rodeado Heraclio por todas partes de enemigos persas y buscando en la Capadocia llena de eutiquianos un centro extratético identificado en todo con los intereses del imperio, hizo que el Patriarca de Constantinopla idease aquella única operación, *energía*, en Jesucristo, derivándola de la necesaria congruencia moral de la voluntad divina con la humana.

Y aquí, á mediados del ix siglo, se dan la mano la barbarie iconoclasta y la erudición sofisticada. Como quedan vaciadas en una sola moneda anverso y reverso, así para producir el principio del fin de la comunión con Roma, aparecen unidas las dos caras de aquella singular sociedad bizantina, donde el poder conservaba el despotismo asiático con la petulancia ó sensual codicia griegas.

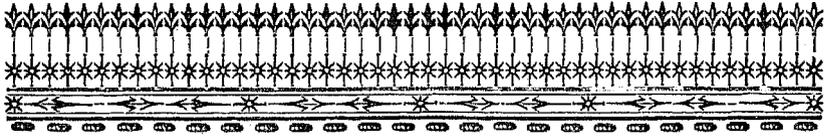
Arrebató Bardas á su hermana, la piadosa emperatriz Irene, la tutela del hijo que pasó á la Historia con el nombre de Miguel *el Borracho*. Quiso éste, según la costumbre¹, relegar á uno ó varios monasterios á madre y hermanas, pero el virtuoso patriarca Ignacio se opuso á la violenta profanación de votos, rehusando recibirlos, como rehusó por su públi-

1 En el libro moderno, casi único de historia detallada de un período de la de Bizancio (NECEPHORÉ PHOCAS, *Un Empereur byzantin au X siècle*, par G. Schlumberger de l'Institut), describense minuciosamente las escenas de desolación de las cultas y hermosas hermanas de Romano II á quienes su cuñada Theophano obligó á tomar el velo el mismo día en distintos monasterios de Constantinopla.

co incesto á Bardas la comunión en solemnísima fiesta . Con estos antecedentes está dicho que había llegado la hora triunfal de Focio, el hombre en letras profanas y sagradas más eminente de aquel siglo ¹ y que desde empleado palatino subió al Patriarcado, recibiendo en seis días todos los órdenes, aunque según Baronio era eunuco . Los historiadores se han esmerado en detallar la figura de este sabio y prudente del siglo ; mas no era necesario, pues con mano maestra se retrató á sí propio en la primera carta llena de sumisión al Papa , en la repugnancia ante su sínodo á aceptar un puesto que sabía no estaba canónicamente vacante ; en el desdén supremo que muestra hacia la Iglesia y toda su ciencia en Occidente , cuando Nicolás I logra penetrar la red de engaños y violencias, le condena y le depone . La carencia absoluta de sinceridad y convicciones de Focio se ve en que hizo base de rebelión *ortodoxa* al supuesto tradicional antilatino de la adición del *Filioque* al símbolo primitivo ; base *ortodoxa* de que no vuelve á acordarse cuando cambiaron con las circunstancias sus propósitos . Muerto Ignacio y ya Focio en la gracia del Emperador que le depusiera , suplica á Juan VIII le reciba en su comunión y reponga en el Patriarcado, pues no mediaban ya los intereses de la fe, ni la causa de la justicia .

1 Como si esto fuera incompatible con sus crímenes religiosos y morales el sistemático regalismo español no quiere reconocerlos . ¡Cuánto se ha adelantado en criterio histórico y cuánto mejor que D. Antonio Gonzalez Arnao en su discurso sobre las colecciones canónicas, le juzga Hergemrother cuando dice (*Historia de la Iglesia*, tom. III, cap. VII) : «Pero sobre todos los eruditos de Bizancio descuella Focio, cuyos servicios en pro de las ciencias y de las letras son tan grandes como sus crímenes en el fuero religioso .





V.

*Exurge Jerusalem, et sta in excelso:
et circumspice ad Orientem, et vide col-
lectos filios tuos ab Oriente sole usque ad
Occidentem, in verbo Sancti gaudentes
Dei memoria.*

BARUCH., v, 5.—Texto que explicó
San Buenaventura en la indicción del
Concilio lugdunense II.

CONVIRTIÉNDOSE, como vimos, las controversias eclesiásticas de Oriente en luchas de facciones y buscando por natural tendencia las malas causas apoyo en los Emperadores, difícil tenía que hacerse la posición de los Papas. Viviendo en Occidente por esto sólo inspiraban recelos á los Césares que se creían investidos por Dios del patronato universal de la Religión sobre el mundo cristiano y reflejaban en decretos de inmensa transcendencia las actitudes blandas ó enérgicas de los Papas. Por eso, éstos, ni entonces ni más tarde miraron otra cosa que el alma de los súbditos, los destinos su-

premos de los pueblos. ¹ Muchas veces el *pro bono pacis, pro bono animarum* debió pesarles como cadena insoportable: mas no la sacudieron, ni siquiera excusaron para que no se rompiera, esfuerzos que parecerían excesivos, sino hubieron tenido á Dios por objetivo. Escrupulosamente fieles á la constitución que los orientales impusieran desde el siglo v á Italia, aunque sin humano auxilio tuvieron que habérselas con Alarico, Atila, Genserico y los lombardos, cuando los patriarcados orientales se declaran independientes todavía los llama y hasta en la hora suprema del castigo veremos á la víctima luchando por ayudar á bien morir á su tirano.

Mas como la verdad tan solo tiene un centro que se convierte en punto de inestable apoyo para los que no le buscan limpios de corazón, quedó entonces la unidad de comunión con Roma, más que como creencia necesaria y realidad sincera, como evaporable esencia contenida en el frágil vaso de conveniencias del momento. No podía durar mucho comunión que arrancaron de las almas la ambición de igualarse con los Papas, ya muy arraigada en los Patriarcas de la *nova Roma*; ² la tarda y solo oficial comunicación con ella; el enérgico y leal lenguaje de los Papas que hería aquel estrecho y controversista espíritu teológico de que acusó á los bizantinos Hincmaro de Reims; ³ oposición de caracteres, de lenguas y de ritos, y sobre todo la cizaña sembrada por Focio creciendo lujuriente entre el poco limpio trigo de las regiones orientales. Verdad es que hubo después de muerto

1 Rogamus igitur tuam clementiam, ut per litteras quo que tuæ pietatis ratum habeatur Concilii decretum: ut sicut litteris, quibus nos convocasti, Ecclesiam honore prosecutus est; ita etiam finem eorum quæ decreta sunt, obsignes.—Concil. Constantinop. I.

2 *Concil. Chalc.*, Can. xxviii, (no confirmado por San León Magno) 150 amantissimi Episcopi, sanctissimo novæ Romæ throno æqualia privilegia tribuerunt recte judicantes: orbem quæ et imperio et senatu honorata sit et æqualibus cum antiquissima regina Roma privilegiis fruatur etiam in ecclesiasticis.

3 PERTZ. ANNAL: ad annum 867.

este dos santos patriarcas: mas lo que la virtud ó la hipocresía lograron contener ¹ descúbrela á destiempo la torpeza. Lo fué á todas luces la carta acusadora de crímenes latinos, —como rasurarse, comer de animales sofocados, ayunar los sábados ó cantar aleluya en la cuaresma— que escribió el Patriarca Celulario al Obispo de Trani. Aunque se trasluce justísimo enfado en la contestación de León IX asienta al final base tan racional y generosa de unión sincera, como que fué y será la mantenida por Papas y Concilios en todas las sucesivas tentativas de concordia. «No impedimos, decía, en Roma que los griegos sigan las tradiciones de sus Padres: sabemos que la diferencia de las costumbres según los lugares y los tiempos no perjudica á la salvación, con tal que haya unión entre nosotros por la fe y la caridad.»

No sentían los Papas al consumarse la ruptura el desahogo de una opresión penosa, sinó el desgarramiento de un girón de su seno; algo más amargo y sin compensación

1 Ya citamos por incidencia el libro de Schlumberger *Nicephorè Phocas* emperador bizantino en el siglo X: interesante cuadro de la época del mayor poder militar y desenvolvimiento de la civilización y el arte griegos en la Edad Media. Tipo de esos emperadores de Oriente, mitad reyes mitad pontífices, aparece en Niceforo el monje soldado tan intrépido en el combate como rígido cristiano, que en sus tratados de táctica á cada precepto estratégico acompaña inflexiblemente «si Dios quiero» «mediante Dios.» Tales son la verdad y el arte del historiador de Niceforo que lo mismo interesan sus combates contra los árabes, que los empeñados á la muerte de Romano II entre el favorito imperial Bringas y Niceforo, secretamente apoyado por su futura mujer, aquella hermosa y perversa Theofano, á quien el historiador compara con una misteriosa divinidad, á una bella imagen descendida de su cuadro. Relatan las últimas páginas el trágico fin de Niceforo cuyos asesinos conducen á la piel de tigre sobre que dormía, la pérfida Theofano y su amante Juan Themisces, á las pocas horas proclamado Emperador. Sin embargo, solo puede ser elogiada esta historia sin reservas como obra de arte, cual precioso y completo album de monumentos y paisajes, miniaturas y facsimiles, relicarios y trípticos, pergaminos y marfiles; pues sus rudas apreciaciones en cuanto á asuntos eclesiásticos, acusan un estudio informal ú hostil ó ambas cosas, así como deplorable confusión, cual la del canon disciplinar 53 del Concilio *in Trullo*, meramente particular con el VI Concilio general, que condenó la heresia de los monotelitas y no se ocupó sinó del dogma.

que las noticias de las matanzas que hacían los árabes entonces mismo en Palestina, donde casi todas las víctimas cambiaban solamente la terrena por la triunfante Jerusalém: dolor aquel que dura todavía y de que es augusto eco la voz de León XIII.

En 1261, dos siglos próximamente después de la escisión de Celulario, el Emperador griego de Nicea se apoderaba, gracias á la traición de los sitiados, de Constantinopla poniendo fin al efímero imperio latino y momentánea unión de las dos Iglesias que originara una de las Cruzadas. Mas ni Urbano, ni Clemente IV, apesar de las suspicacias de sus Cardenales, ni Gregorio X con ser recién venido de la Siria, se detuvieron en las negociaciones de una reconciliación sospechando, si tal vez Miguel Paleólogo pretendía con ellas descartar su capital europea de la nueva Cruzada, que el primero de aquellos Papas y Balduino II organizaban y para la que ya San Luis se había hecho á la vela.

Presiéntese, sin embargo, en estas negociaciones la que se llamó más tarde consumada diplomacia romana, cuya sordidez puede reducirse á prevenir y desbaratar sin violencias los planes opuestos de la unidad dogmática y al poder supremo, que para que no cese de penetrar y regir la conciencia de los pueblos confió á los Papas, Jesucristo. Quería el emperador que la pacificación política tragara la unión de las Iglesias, mientras aquellos establecían orden inverso para las negociaciones, pues Gregorio X reunió el II Concilio de Lyon para «procurar socorro á la Tierra Santa, unión con los griegos y reforma de la Iglesia.»¹

El mismo Gregorio X recuerda á Tomás de Aquino llevarse al Concilio el tratado *contra errores Græcorum*, escrito por orden de Urbano IV. Mas el teólogo de más renombre en aquel siglo no vería en la augusta asamblea á nuestro Jaime el Conquistador á la derecha del Papa, ni oiría á San Buena-

1 RAYNAL, ann. 1274, avec notes de Mansi.

ventura y al futuro Inocencio V, Pedro de Tarentesio poco menos sabio que él: pues como á la Iglesia de Dios ningún hombre, ni aun aquél, le es necesario, Santo Tomás murió en el camino.

No terminó entonces el cisma, aunque suscribieron el símbolo de Lyon ¹ los tres únicos griegos que salvaron del naufragio sufrido por la embajada oriental apenas saliera del Bósforo. La Iglesia, siguió su camino, más desembarazado para lo porvenir por la unánime declaración lugdunense del primado pontificio, reproducida con la misma unanimidad en el Florentino y en la constitución dogmática vaticana. Los sabios cánanes sobre elección pontificia con leves adiciones vigentes en el día, acreditaron su disciplinar previsión.

Martino V, elegido de un modo inusitado en Constanza vió morir con Juan XXIII, Clemente VIII y Benedicto XIII el cisma aviñonés. Recobró, gracias á sus valientes, però nada desinteresados sobrinos, los dominios pontificios, dejando la Iglesia más tranquila que él la recibiera, á su sucesor Eugenio IV, en quien hasta sus contradictores reconocieron tan gran talento y como sólidas virtudes. Dos sucesos, ó mejor, dos Concilios absorvieron por entero su pontificado: aquella medio legítima, medio cismática, más siempre perturbadora asamblea basileense y el admirable éxito doctrinal del Concilio de Florencia. Funcionó durante doce años, hasta deshacerse bajo el peso de sus propias pretensiones, un supremo tribunal canónico erigido en Basilea para poner en práctica la superioridad del Concilio sobre el Papa, es verdad que definida, pero no confirmada en los días extraordinarios de Constanza: doctrina que convenció de absurda y subversi-

1 Ipso quoque sancta Romana Ecclesia summum et plenum principatum et principatum super universam Ecclesiam catholicam obtinet, quem se ab ipso Domino in beato Petro apostolorum principe sive vertice, cujus Romanus Pontifex est successor, cum potestatis plenitudine recepisse veraciter et humiliter recognoscit.

va nuestro célebre Juan de Torquemada, ya Cardenal cuando se reunió el de Florencia. Así como el de Basilea fué acerbísima penitencia que imponían al Papa los resabios cismáticos tan generalizados todavía, fué aquel la hermosa realidad de los sueños que acariciaba siendo monje en Venecia Eugenio IV, para cuando aquellas flotas que miraba llegar de Oriente con sus ricos productos, trajeran algo más precioso y eficaz para el espíritu cristiano.

Este sueño que era la reunión de griegos y latinos en la sola Iglesia de que procedían, le vió realizado en el Concilio de Florencia, donde también tuvo la compensación de que se convirtiesen á su obediencia casi todos los miembros de Basilea con los Cardenales Cussa, Cesarini y Eneas Silvio. A la grandiosa empresa de reunión ya estaban convertidos todos: acogiera el Concilio de Basilea como un viejo refrán los avances bizantinos, mientras dudó de su propio carácter conciliar, pero sabedores sus miembros de que el Papa aceptando la reunión de un Concilio en Oriente dejaba sus dispendios necesarios á cargo del Imperio, llegaron hasta comprometerse á hacerlos. Esto tenía importancia no pequeña para Juan Paleólogo, estrechado tan de cerca por los turcos, como sin esfuerzo se comprende de la contestación de su fiel confidente el hegúmeno Isidoro, que acomodándose al estilo del renacimiento empleado para recibirle por el mismo Cesarini, decía: «Nación infortunada pero ilustre y poderosa!, cuya soberanía recocen todavía provincias numerosas en Europa y en Asia. La jurisdicción del patriarca bizantino se extiende hasta Rusia, país inmenso que toca en los montes hiperbóreos. ¡Qué gloria, por tanto, la de trabajar en la unión de Bizancio con Roma! ¿No será—pregúntabase el monje desvanecido por esta visión—elevar un monumento grandioso que rivalice con el coloso de Rhodas, y cuya cima tocara en los cielos, cuyo resplandor irradiara sobre Oriente y Occidente?»¹

1 Ceccoli, *Studi Storici*, p. LXXX, núm. 29.

Estaba Rusia en el periodo de unificación territorial y reacción contra los tártaros, cuando para posesionarse del patriarcado de Kiev llegó al Kremlin con atrevidos y altos propósitos este mismo Isidoro.² Victorioso Vlademiro de los griegos bajo los muros del Chersoneso hacia el fin del siglo x pidió y obtuvo la mano de una princesa bizantina, y volviendo á Kiev con esposa cristiana y misioneros acabó de hacerse polvo el ídolo de Perouna, á quien Cirilo y Metodio habían restado ya muchos adoradores.

Como resucitó en Constantino Paleólogo para enterrarse en la brecha de Bizancio el heroísmo del primer Constantino y Teodosio, en Isidoro compitieron el ardiente patriotismo que le prestó, según las exigencias del momento, astucia ó energía con el celo apostólico de los primeros Patriarcas orientales. Dejando bien preparado el terreno en Bizancio «donde se gastaron grandes talentos en fútiles querellas é inútiles competencias» va á Moscow, arranca del gran Kniaz Vasili, educado en el supersticioso culto de la rutina la autorización, negada en pleno siglo xix á los Obispos rusos para asistir al Concilio Vaticano, y componérselas con aquellos acompañantes — verdad es que cuando volvió los llevaba encadenados — y de los que sus propias observaciones dan idea. Prodújoles extraordinaria impresión el reloj de Lubeck que representaba escenas bíblicas y daba las horas; sorpresa y admiración las fuentes monumentales de las ciudades que venían recorriendo, y mientras las abadías donde se hospedaban les sugería la juiciosa sentencia de que en las

1 En cuanto á Rusia y á las negociaciones eclesiásticas de entonces se refiere, aprovechamos el precioso estudio del P. Pierling, *Les Russes au Concile de Florence (Revue des questions historiques, tomo VIII: LII de la collection)*. Este mismo sabio jesuita, autor de diversas obras en ruso, fué quien poniendo á contribución los archivos de Roma, Venecia y París y combinándolos con las investigaciones hechas en los rusos, nos dió en el curioso libro *Papes et Tsars, 1547-1597*, cuanto hoy puede saberse de las negociaciones de esos cincuenta años.

bibliotecas había muchos libros, servían á la mesa muy buen vino y en los conventos de hombres no entraban mujeres. Indiferentes se mantuvieron, sin embargo, á las variadas perspectivas naturales hasta que compararon las planicies onduladas de su tierra con las crestas nevadas del Tirol. Lástima que el P. Pierling sintetice demasiado las impresiones de los rusos en el Concilio; no veían sino cadenas ó sacos de dinero como móviles de los necesarios cambios de concesiones que en el naturalmente tuvieron que ocurrir.

Cuando llegaron á Ferrara ya habían sido los bizantinos fastuosamente recibidos por Francisco Foscari: al transferirse á Florencia el Concilio y sentarse en él Juan Paleólogo, decirse puede que la unión estaba restablecida *in mente*. El principio de unidad de fe y diversidad de ritos, no dejó sin embargo, de tener que abrirse paso entre grandes dificultades. El rito es al dogma algo de lo que son las imágenes de los santos á la oración: los libros de los que no saben leer que decía el Damasceno. Por algo Focio insistió tanto en denigrar las diferencias litúrgicas como degeneración latina, y el torpe Celulario llamaba crimen comulgar con ázimos. Pero el celebre humanista Besarion contendía con los suyos, como Isidoro le avisaba que convenía: y ya sojuzgándolos con su ciencia y elocuencia, ya animándolos con su ejemplo, fueron Cardenal y Patriarca el nexo intelectual, teológico y diplomático entre sus compatriotas y los Padres latinos.

Eugenio IV vió premiados su valor y constancia con las declaraciones de Florencia y en el triste teatro de las devastaciones turcas quedarían á la Iglesia los patriarcados que aún conserva de griegos, coptos, sirios, rutenos; caldeos y armenios unidos, cuyo valor y transcendencia, además de ser tan numerosos ³, no es facil medir hoy como

³ La estadística católica ya citada descompone el número total de doscientos millones de católicos en ciento cincuenta y cinco millones latinos; cua-

punto de partida para la futura evangelización del mundo.

Aunque también le compensaría ver realizado su sueño fué bastante más triste la suerte de Isidoro. La condición con que el gran Kniaz autorizó su salida para «asambleas infieles» era volver con la fe de Vladimiro: con ella volvería, pero le costó fugarse dos veces de prisiones para ver de nuevo aquella Roma, donde era ya Nicolás V el Mecenaz que le iba devolviendo su brillante aspecto de otros días. Voló de allí á reanimar sus infortunados compatriotas: sostenido por un puñado de valientes domina la opinión sobrescitada por Lúcas Notharas con la insensata divisa: «*primero turbante que tiara*»; y vió caer con Constantinopla aquel imperio cuyos extravíos, no ya él, sino ningún cristiano pudo ni debe recordar pensando en aquel día tan lúgubre. Perdido en la horrible confusión vistió su púrpura á uno de los millares de cadáveres de que estaba Bizancio cubierta, y con las angustias que son de imaginar, volvió á ponerse bajo la sombra de Besarion, uno de los más ardientes patronos del sano Renacimiento, bajo aquel Eneas Silvio, ya Pío II. Diole éste, cuando Isidoro ascendió á decano del Sacro Colegio, el bien ganado Patriarcado de Constantinopla: y en aquel frecuente refugio de grandezas destronadas, que vestía sus más suntuosas galas para recibir del hermano del heroico Constantino la cabeza de San Andrés, salvada del desastre; en Roma estaba Isidoro amarrado al potro de sus achaques de casi octogenario, cuando al oír bajo sus ventanas los sagrados himnos, baja, atraviesa la muralla humana y va á San Pedro á sentarse junto á Besarion, encargado de la homilia, que por cierto al también renaciente Eneas Silvio pareció muy larga.

Entre tanto Rusia sacó del desastre la independencia de

renta y cuatro millones griegos, distribuyendo el otro millón entre armenios, maronitas, sirios, caldeos y siro-coptos; mientras sólo existen setenta y cinco millones de cristianos orientales no católicos, y ochenta millones entre las cuarenta sectas y ciento diez agrupaciones protestantes cristianas.

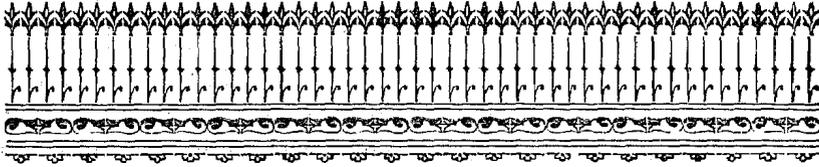
su patriarcado: pero la semilla quedó aguardando el deshiele de la estepa. Un suceso extraordinario ocurrió después de la muerte de Isidoro y bajo los auspicios de Besarion: fué el matrimonio de Ivan III con Zoa Paleólogo en el Vaticano. A la aparición de esta en Moscou un rayo del Renacimiento iluminó el Kremlin, y Fioravanti, edificando la catedral de la Asunción no solo abrió camino á nuevos artistas italianos, sino á las proposiciones de León X para la Cruzada. Allí fué á medir sus talentos teológicos y diplomáticos Ferreri en 1519: allí enviaron después junto á Ivan *el terrible* embajadores Pío IV y V también inútilmente; pues si al uno se opusieron vetos interpuestos por Polonia y sobre todo los Czares no queriendo perder su omnimoda autoridad sobre los Obispos, mas que estos obstáculos incomunicaron á eslavos y latinos Segismundo Augusto, Maximiliano II y Bathory de Polonia.

Las tradiciones, victorias y proyectos de este príncipe animaban á Gregorio XIII á convertirlo en caudillo de una decisiva cruzada del Norte, pues el poderío Turco acababa de ser tan terriblemente castigado en Lepanto. Unir en este objetivo por medio de una tregua á Rusia con Polonia fué para lo que buscó la diplomacia romana en la secretaría de la Compañía de Jesús, al P. Possevino. Espíritu valeroso y perspicaz enamorábase algo demasiado de los caminos que veía en vuelos de águila. El plan consistía en que Estéban Bathory, en aras de la cristiandad no apretara á Ivan, «pero el Papa renunciaba al arbitraje si el Czar descartaba la cuestión religiosa.» Todo al fin fracasó con la muerte de Bathory mientras Rusia daba largas al asunto; mas nos quedan las vivaces impresiones que causó en Possevino aquella Rusia del siglo XVI y sus grandiosos proyectos para penetrarla católicamente. ¹ Parecióle aquel Czar revestido de dalmática un

¹ L. R. P. PIERLING, S. J. Antonii Possevivini Missio Moscovitica, Paris. Leroux 1882.



Rex sacrorum dominando la Iglesia como el Estado y absorbiendo en su persona cuanta iniciativa y savia, cuanta inteligencia y vida había en la nación. Mas ve Possevino, no por la alucinación de los ateridos en la desierta estepa, sino con la lucidez del romano que aquello tiene un remedio. Bajo la dominación polaca hay provincias rusas; sus habitantes —llámense rusos ó rutenos poco importa—son congéneres de los moscovitas; es la misma sangre, la misma fe, la misma lengua; su suerte se confunde con la suerte de Polonia y tienen, por consiguiente, puntos de contacto con los dos centros eslavos: por ellos la Iglesia católica puede dilatarse libremente, y arrancados al cisma y en posesión de la verdad serán Apóstoles de los moscovitas por medio de los que alcanzaran los tártaros del Kazan y de Astrakan, los montañeses del Cáucaso, los musulmanes de Asia. En este plan, trazado á escape, hay un embrión de la unidad eslava, fundada sobre la unidad de creencias y dominadora de Oriente. Mas no era la efímera aparición en el Kremlin de un nuncio pontificio poco iniciado en el esclavismo y ganoso de ver el Tiber, lo que producirá tales resultados. Eran absolutamente necesarios medios más poderosos: era preciso formar hombres, repartir libros, operar así sobre las inteligencias y las voluntades. Luego que haya un clero indígena, sabio, virtuoso, penetrado de su misión, la transformación del país no puede tardar en verificarse y el porvenir estará asegurado. En fin, Possevino propone establecer un seminario ruso sobre las fronteras mismas de Moscovia, en Vilna ó Lituania, en la Rusia blanca, en Polotsk, cuyos mejores discípulos serían enviados á Roma: habría en Polonia una imprenta especial para libros eslavos: era necesario dirigir breves conciliadores á los Obispos ortodoxos de la Rusia polaca, al mismo tiempo que se hacían penetrar sacerdotes católicos con los mercaderes venecianos ó romanós en el corazón mismo de Moscou.....



VI.

*Interrogavit autem illum Jesus, dicens:
Quod tibi nomen est? At ille dixit: Legio
quia intraverunt dæmoma multa in eum.*

Luc., viii, 30.

CAUSAS más complicadas y aún más desastrosas consecuencias tuvo para la acción divina de la Iglesia la Reforma. Antes de Lutero habían conmovido todo el mediodía de Europa los albigenses y soliviantado miles de conciencias en Inglaterra y Alemania las herejías de Wicliff y de Huss, dominadas con las armas espirituales del Pontificado y el brazo armado de la Cristiandad: pero la semilla de estas mismas herejías, cuyo fondo común era la rebelión contra el poder espiritual, quedó fermentando.

La prolija serie de lamentaciones, heréticas la mayor parte y sinceramente místicas muchas por la residencia de la santa sede y cisma de Aviñón, habían vulgarizado la diatriba contra Roma. Coincidió esto con el renacimiento, invención de la pólvora y la imprenta, organización de comunicaciones, descubrimientos geográficos; extraordinarios acontecimientos que considerados aislada y particularmente no bastan á explicar el general y terrible éxito de las nuevas ideas religiosas que Lutero y sus sectarios predicaron como restauración de la verdadera Iglesia de Cristo, pero que sin duda fueron aguzados instrumentos y formidables máquinas de su cultivo y difusión.

Pues en el mismo siglo xv encontró la Iglesia dentro de sí misma, no ya el restablecimiento de su normalidad de vida, sino la necesaria y apetecida reforma iniciada en Constantza quizás con exceso de energía: el viejo mundo debió el descubrimiento de Colón á un impulso todavía más católico que magnánimo: la protección magnífica de los Papas al renacimiento artístico y literario luchó á menudo con la oposición de sus mismos áulicos: ¹ la imprenta fué saludada con júbilo por la Iglesia y bajo su égida comenzó á desarrollarse. Mas á todos estos elementos de nueva vida y civilización es aplicable lo que de la imprenta decía un contemporáneo de Gutenberg: «va á poner al servicio de la libertad humana una espada de dos filos, pudiendo servir al bien como al mal, á las luchas por la virtud y la verdad, como para los combates del vicio y el error».

Europa no se preocupaba ya hondamente del turco, «el terrible enemigo hereditario», porque la fe antigua se había quebrantado y por tanto cuarteado la base y roto el lazo de la cristiandad; causa á la vez de la dificultad de enérgicos movimientos del sacro romano Imperio con que lucharon los heroicos esfuerzos y católicos propósitos de nuestro Carlos V:

1 PASTOR.—*Les Papes de la Renaissance.*

origen también del despertar lujuriente de la ambición, avaricia y concupiscencia de Príncipes y señores, del espíritu de rebelión en los pueblos, de que el sacrilegio no hiciera estremecer y se pudiera enunciar sin escándalo ni peligro la blasfemia ó cohonestar el libertinaje.

Así como se alcanza á imaginar cuál era el temple de las almas en Europa, cuando al sólo oír á Pedro el Ermitaño las profanaciones y horrores de que eran objeto y víctimas la Tierra Santa y los cristianos, se lanza como un torrente á conquistarla, también se llega á comprender en aquel fin de siglo que un monje elocuente y obsesionador, pero que como el mismo dejó escrito ¹ fué vacilante, supersticioso, inconti-

1 De WETTE. *Cartas, obras, etc., de Martín Lutero*, tomo II y III. *Martin Lutero y su obra*, por el Dr. SEGISMUNDO ALTHENRATH, Madrid, 1891. «Nunca me deshago de esta idea; que quisiera y deseara no haber empezado jamás este negocio...» «He enseñado mal, roto el primer estado que era tan tranquilo y pacífico bajo el Papado, y causado mucho escándalo, discordia y facciones por su doctrina. No puedo negar que á veces me acongojo, temo mucho á causa de esto:» «quién desecha el bautismo, quién niega el sacramento del altar, quién establece aún otro mundo entre este y el día del juicio final; cuál enseña que Cristo no es Dios; en fin tantas sectas hay y tantos símbolos como cabezas.» «El entristecimiento del ánimo, es la mala conciencia misma; «no puedo orar sin maldecir»; «lleno estoy de improperios, insultos y maldiciones contra los papistas». «Mas ahora no hay una sola ciudad que quiera mantener un predicador, ni nada prospera en el pueblo sinó el hurto y el robo; ni hay quien lo impida. Nadie quiere ya hacer bien y socorrer á los pobres». «Bajo el papado la gente era dadivosa; mas ahora bajo el evangelio nadie da ya, sino que el uno desuella al otro y cada uno lo quiere todo para sí. Y cuanto más tiempo predicamos el Evangelio, tanto más se sume la gente en la avaricia, soberbia y ostentación.» «En el tiempo pasado los sacerdotes tenían honra bastante: cuánto honraban los nobles á los curas de aldea y los príncipes á los monjes grises y descalzos: nosotros los clérigos somos un espectáculo del mundo, una maldición, un sacrificio espiatorio, ludibrio y desprecio de todos los hombres»; «en fin ¿qué bien nos ha venido del Evangelio? Antes todo estaba mejor». «Vivimos en Sodoma y Babilonia; todo se vuelve peor de día en día. Quién se hubiera atrevido á comenzar á predicar si hubiéramos previsto esto?» etc., etc.

En cuanto se refiere á la historia de Lutero y estado de Alemania de 1450 á 1515 aprovechamos la admirable obra de Monsg Jansens, *L' Allemagne et la Reforme*, que le colocó á la cabeza de los historiadores contemporáneos

nente, iracundo y murió convencido del cúmulo de desastres que acarreaba á la Iglesia y la sociedad, y en tal desprestigio que su viuda é hijos vivieron de limosna, bastara á producir universal conflagración religiosa y política.

En la sociedad y el siglo en que iba á nacer y vivir Lutero luchaban, como en todas, pero en más críticas circunstancias que nunca, el bien y el mal. El legado de Pío II, Cardenal de Cussa, renovador del camino más científico de la demostración de la fe, llevaba á Alemania el único seguro principio de toda verdadera reforma; «no es preciso pisotear ni destruir, sino por el contrario purificar y renovar; no es el hombre el que ha de cambiar lo que es santo, sino por el contrario lo que es santo cambiar al hombre.» Decía de él Juan Trithemio: «Nicolás de Cusa apareció en Alemania en medio de la perturbación y las tinieblas como un angel de luz y de paz. Restableció la unidad de la Iglesia, consolidó la autoridad del Romano Pontífice y repartió abundantes semillas de vida nueva. Una parte de estas semillas no pudo germinar á causa del endurecimiento de los corazones; otra parte dio flores, es verdad, pero que perecieron pronto á causa de negligencia y cobardía de los hombres; en fin, una buena parte dió frutos abundantes que recojemos hoy todavía.»

Había, pues, al lado de heroicos ejemplos de santidad y sublime devoción á la Santa Sede, clérigos mundanos, y se conferían las altas dignidades eclesiásticas á segundones de príncipes y señores en quienes el concepto de tales se sobreponía al carácter sacerdotal. La difusión de la imprenta y de la ciencia, las renovaciones del arte asociando á aquel fecundo movimiento la doctrina de la Iglesia sobre el méri-

hasta en opinión de la crítica francesa. Murió santamente en 1891 dejando el encargo de dar la última mano al postrer tomo de su obra, á su brillante discípulo Luis Pastor, profesor de Historia en la Universidad de Insprúch, ya notablemente conocido por su *Historia de las Papas del Renacimiento*.

to de las buenas obras, alcanzaban á ilustrar religiosamente al pueblo y multiplicar los manuales de piedad, los grabados de devoción y extraordinariamente la Biblia en lengua vulgar; surgían aquellas familias de artesanos y nobles cuya vida parecía calco literal de los catecismos, pero había también en otras lujo y relajación que asustaban, y se suscitaba el espíritu privado en la comprensión de los Libros Santos. Fundábanse de 1450 á 1506 nueve Universidades sólo en Alemania y á centenares cátedras menores, todas con sello de la Iglesia, pero Lutero nos habla de «Juan Wesal que gobernó por sus escritos la alta escuela de Erfurt, y fué aquel cuyos libros estudié y enseñé yo más tarde.» La restauración de los estudios clásicos, por fin, sufrió profunda y sana influencia de Tomás de Kempis, que con la *Imitación de Jesucristo* y otros escritos hizo abrir la flor más exquisita de la piedad ascética, casi al mismo tiempo que Erasmo, encarnación del humanismo que quería paganizar la Iglesia, publicaba el *Elogio de la Locura*, «prólogo de la grande tragedia teológica del siglo XVI», pues no hay en su censura de abusos el justo dolor de Sebastian Brant ó Geiler de Kairseberg, sinó el sarcasmo y el desprecio.

Estas corrientes opuestas chocaron con violencia en el alma de Lutero, causando perturbación moral tan honda, que no vió en Dios sinó indignación y venganza y pretendía aplacar la cólera divina con sus obras personales, con penitencias fuera de la regla monacal, con su propia justicia; olvidando lo que enseñaban hasta los más vulgares catecismos, que obras, justicia y penitencias son baldías, dejan de ser medios de fin más alto desligadas de los méritos de la pasión de Cristo, de la gracia del Redentor, único principio y fundamento único de toda vida agradable á Dios.

Cerrado el corazón á la esperanza, su misma tortura le llevó por exaltada reacción al extremo opuesto, persuadiéndose de que el hombre por consecuencia del pecado original

se corrompió tan completamente que perdió el libre albedrío y todas las acciones humanas, aún las mejores, no son sino frutos de la voluntad depravada y por tanto tienen que ser á los ojos de Dios, pecados mortales. Según aquel agustino «que dejara el mundo porque desconfiaba de sí mismo, por el sólo hecho de nuestra fe en Jesucristo, sus méritos se hacen nuestra propiedad, revestimos su túnica de justicia que cubre todas nuestras faltas y constante iniquidad, y suple sobreabundantemente cuanto falta á nuestra justicia humana. ¹

Las indicaciones anteriores de los desvaríos religiosos nos ofrecen ya claramente esas dos naturales y opuestas tendencias del alma humana: la mística ó en lenguaje moderno teosófica, que busca con ansia los arcanos de la Divinidad, y la racional y humana, cuyos intentos se dirijen á poner las verdades reveladas, en cuanto puede, á nuestro alcance, para apoderarse de ellas y examinarlas. Fuera de la Iglesia católica y de su regla de fe, privadas de las leyes admirables que las sujetan y equilibran aquellas dos tendencias, corren á estrellarse en sus escollos respectivos el fanatismo, el mar sin orillas de la ilusión religiosa y en el racionalismo ó en el indiferentismo.

Lutero había olvidado que el Apóstol nos exhorta á dar siempre gracias al Padre eterno «que nos hizo dignos de entrar á la parte de la suerte de los santos en la gloria, nos sacó del poder de las tinieblas, y nos transfirió al reino de su hijo muy amado en el que logramos la redención y el perdón de los pecados»; ² como olvidaría después, lo que también nos recuerda el Tridentino, que cuando nos dicen las sagradas letras: «convertíos á mí, y me convertiré á vosotros», se nos avisa de nuestra libertad; y cuando respondemos: «conviértenos á tí, Señor, y seremos convertidos»,

¹ *Obras de Lutero*, tomo II.

² *Coloss.*, I.

confesamos que somos prevenidos por la divina gracia.¹

La concepción teológica de Lutero fué meramente subjetiva, respondía al alivio de las irritaciones de un espíritu refractario á los consuelos de la esperanza: pero iban á caer como lluvias primaverales sobre un terreno ya sembrado aquellas predicaciones de la completa incapacidad del hombre para el bien, de la justificación por la fe sin obras, y á pesar de los pecados por la inmediata cooperación del Espíritu Santo, sin mediación alguna de la Iglesia, y sin potestad original, por tanto, del sacerdocio, ni más autoridad, ni norma de fe que la Sagrada Escritura entregada al espíritu privado. Pero como la Biblia, libro por sí sin vida,² no puede cumplir su misión de regla de fe si no se explica é interpreta y no se determina su verdadero sentido, estas doctrinas no conseguirían fundar nueva sociedad religiosa, pues sólo eran buenas para desorganizar y destruir. No tardaron, pues, en ser negadas las verdades más esenciales del Cristianismo, ni en desvanecerse las virtudes cristianas en la general degradación de costumbres y rebelión de los pueblos. Entonces los jefes de la revolución religiosa pusieron á la Iglesia al servicio del Estado; encargaron al poder el arreglo de las cuestiones de fe, la inspección de la predicación y enseñanza; legitimaron la detentación de los bienes del clero y establecimientos piadosos, y erigiendo y proclamando á los príncipes pontífices supremos de las nacientes iglesias, reconocíaseles tanto mayor derecho divino cuanto perdían en cristianas libertades los pueblos.

Sin que el hombre enemigo mandara nuevas legiones sobre el mundo, es claro que bastaba la combinación nada difícil de la ambición, avaricia y concupiscencia con el nuevo evangelio, para que le defendiesen é implantaran en sus Estados el gran maestro teutónico de Prusia, los murgraves de

1 *Trident. Sess. IV, cap. III y V.*

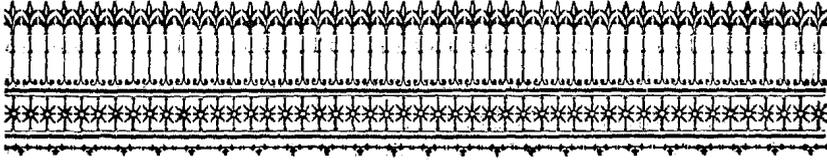
2 PERRONE. *El protestantismo y la Regla de Fe*, tomo I, pág. 53.

Brandeburgo y Hesse, el elector de Sajonia, los duques de Brunswich y Meclenburgo y los príncipes de Anhalt: bastaba para que Zuinglio, un cura suizo de belicoso ardor, se lisongease de reunir las ciudades suavas á la confederación helvética y romper definitivamente todos los lazos que las unían al Imperio: para que Enrique VIII de Inglaterra, antes indignado contradictor teológico de Lutero, buscara «aquella nueva luz que estuviera bajo el celemín» como antorcha de sus himeneos y repudios, hasta que su sexta mujer «fué dichosa por haber muerto el Rey antes que le quitase la vida»¹: y, en fin, bastaría á poner en manos del impuro Calvino el cetro religioso y temporal de Ginebra y de la mayor parte de los cantones suizos.

No tuvo más santo ni apostólico origen la adopción del nuevo Evangelio en los reinos scandinavos y Dinamarca; ni en los Países Bajos donde sirvió á los Orange como ariete en la sublevación contra Felipe II; ni le abrazaron los príncipes de Condé en Francia, sino para su guerra de dominación con los Guisas.

El mismo principio fundamental del nuevo evangelio colocaba á sus apóstoles en la imposibilidad de llegar á lo que es de esencia á toda sociedad religiosa, un símbolo expresión de la fe común; y la supresión del sacrificio del altar despojaba á su sacerdocio del carácter único en que puede descansar todo poder espiritual. De aquí la existencia coetánea de los mismos fundadores de iglesias, dogmas, confesiones, sacerdocios, jerarquías y constituciones diferentes; diversidad ineludible que en vano se quiso salvar con la clasificación posteriormente inventada de artículos fundamentales y no fundamentales de que ya se burlaba Rousseau, porque los doctores protestantes no la pudieron hacer, ni era posible en la babélica confusión que el genio de Bossuet condensó en él «*Tu varías, luego no eres la verdad*».

1 RIVADENEYRA.—*Cisma de Inglaterra*, lib. I, cap. XLIII.



VII.

El espíritu que se mostró tan eminente en esta Compañía (de Jesús) animó al mundo católico

Los Pontífices romanos mostraron en sus propias personas todas las austeridades de los primeros anacoretas de la Siria

El cambio de espíritu en el mundo basta para conocerlo, comparar el poema del Tasso con el de Ariosto ó los monumentos de Sixto V con los de León X,

ESTUDIOS HISTÓRICOS: RANKÉ por el protestante MACAULAY.

Los arrianos parecía que iban á dominar el mundo: hoy sólo recordamos el imperio de Marciano ó el de Leovigildo como el obscuro fondo del cuadro en que brillan Teodosio, Clodoveo, Hermenegildo y Recaredo. Los albigenses defendidos por Reyes, acaudillados por nobles y seguidos por pueblos en masa, resucitan en el periodo culminante de la Edad Media, el vencido maniqueísmo; pero á los valdenses y albigenses, como á cátaros y patarinos, barriolos el

huracán de sus propios extravíos. ¿ Quien podrá acusar de iluso al Catolicismo por esperar tranquilo que se deshaga el cisma ó se convierta la herejía?

Los griegos no tuvieron más concilios, ni admitieron al Papa, á lo menos como patriarca de Occidente; petrificaron su santoral y su liturgia: esterilizaron todos los elementos de vida expansiva. La amplia teología católica conviene hoy unánime en que los Obispos griegos son verdaderamente Obispos, aunque cismáticos; es decir, que si un día cayera la venda de sus ojos, si aceptasen el símbolo de Lyon ó de Florencia, ó siquiera aquel Concilio particular de Sardica del siglo IV, León XIII los recibiera en el Vaticano como recibió Nicolás V á los vencidos Paleólogos. Ellos, los *ortodoxos*, son los intolerantes que niegan la comunión á los griegos unidos y admiten jacobitas, nestorianos y roscónicos que profesan diferencias esenciales en dogmas de fe. Y es porque fuera de la piedra angular que señaló Jesucristo no hay unidad donde se pueda descansar, ni base dogmática indestructible. Arrancan de Focio, apostol acomodaticio, que engañó el celo de aquellos niños grandes, de imaginación exaltada. Es verdad que en el siglo XVII encontraron un baluarte contra el calvinismo en el símbolo de Pedro Mogilas, suficiente en la mayor parte de los dogmas capitales contra la invasión reformista, pero cuyo extracto sin innovación, presentado con motivo de la reunión del Concilio Vaticano, parecía á una momia ligada por tiras de palimpsestos, que Dios dejó cual *letra muerta* desde que, llamándose ortodoxos, cerraron su santoral y, por consiguiente, su martirologio y los anales de evangelización.

La misma sistemática incomunicación de la santa Rusia, más que á precaución sanitaria se parece ahora al tedio hipochondriaco del opulento aristócrata convencido de la irremediable extinción de su raza. Pero, á nuestro humilde juicio, antepónela la Iglesia en sus llamamientos, porque esa misma inmovilidad conserva en el pueblo una masa creyen-

te y cristiana; esa masa de donde salió el ejército que confesaba y comulgaba antes de la tremenda acción de Plewna. Sin forzar la ilusión, ni hacer de cuervos de la fábula con relación á Possevino, figúrasenos que las naturales derivaciones de la política europea tienden á eliminar, si no en pocos meses en no muchos años tan serios obstáculos, como que al Czar puede convenirle frente al nihilismo y á la mal sometida Polonia abdicar su tiara; y habiéndose enagenado con la liberación de los siervos las clases aristocráticas, provocar una lucha contra clero y pueblo que vería como ruda prueba que habiendo nacido *ortodoxo* pudiera llamárseles conversos.

Mas prescindiendo de las iluminaciones de la divina gracia, que en conversiones es prescindir de lo primero, mayores dificultades y de más complicada índole tienen que ofrecer las de los protestantes. Podríanse tal vez convencer de que eran supersticiones históricas los crímenes católicos con que entretuvieron su infancia y faltaríales enteramente la concepción de la Iglesia: sería preciso arrancarles la Biblia, no para devolvérsela anotada, sinó porque es falsa: la truncó el odio al Catolicismo: no tienen sacerdocio pues no le hay de verdad sin sacrificio, y carece lógicamente su magisterio hasta de la no indiscutible autoridad con que vosotros explicais la Instituta ó los Códigos.

Por eso aunque se volvieron luteranas, evangélicas ó anglicanas naciones tan poderosas y opulentas, tiene que confesar el protestantismo que juega en pura pérdida. ¹ A la vista tenemos y en cheques contra sus cajas las sociedades bíblicas, los móviles de las contadas conversiones de católicos á las confesiones reformadas. En cambio las 1200 á 1500

1 « Entre todas las innumerables formas que ha afectado el espíritu de dogmatismo después de la Reforma, ni una sola ha mostrado hallarse dotada de fuerza suficiente para atraer á su seno á los que viven más allá de las fronteras de su Estado. Lo que pierde el Catolicismo pasa á engrosar las filas del racionalismo. » HARTPOLE LECKY. *Historia de la civilización en Europa*, tomo I.



por año que señalan las últimas estadísticas de protestantes al catolicismo, y entre las que se cuentan sabios, aristócratas y ministros, y recentísimamente príncipes, preciso es reconocerles inspiración abnegada, pues les somete á una especie de interdicción civil, ó á las duras pruebas por que pasaron los católicos alemanes hasta que forzaran al canciller *de hierro* á emprender el camino de Canosa.

Si resucitase el volteriano Federico no creería que 258 asociaciones alemanas con más de 76.000 obreros acaban de enviar un mensaje de adhesión al Papa. Extremeceríase horriblemente Isabel de Inglaterra viendo restablecida la jerarquía católica en Inglaterra y en Escocia; reivindicada la memoria de su última Reina, hermosa víctima de su envidia; al gobierno británico encargando á eminente Cardenal informe sobre denuncias de enormes liviandades. Hace cincuenta años no se concebía apenas un lord corregidor ni un ministro inglés católicos, y no aherrojados como fieras á los heroicos irlandeses. Los tenaces puritanos Brownistas que desembarcaron en las salvajes playas de la América del Norte no podían presumir se reunieran allí en pocos meses tantos millares de dollars para fundar una grandiosa Universidad católica: ni los hombres del Norte que después de tres siglos se cubriera la sede de Copenhague y en Noruega se levantara la interdicción civil para cargos públicos á los católicos.

Como la verdad tiene su lógica el error, y el protestantismo marcha fatalmente al atomismo, pues cada conciencia tiene en la Biblia su propia y particular iglesia: mientras la por él abandonada á la muerte ¹ avanza, fructifica y gana en nuevas regiones más fieles de los que la herejía le quitara, que hasta las obras maestras del implacable tentador adoran y sirven á Dios, Señor de cielos, tierra y abismos. ²

¹ HUME. *Historia de Inglaterra*.

² Hay hoy en Inglaterra y en Escocia 2 cardenales, 3 arzobispos, 18 obispos y 2800 sacerdotes que sirven 1300 iglesias: en las Colonias 14.000,000 de católicos.

En un libro repartido con profusión en España ¹ después de la revolución de septiembre,—quizás porque no le leyeron bien sus propagandistas,—está el proceso de los resultados prácticos de la reforma en cuanto á la corrección de abusos eclesiásticos: Reforma que el Tridentino realizó tan á maravilla que el anticlericalismo, que no quiere descender hasta la calumnia, vive á expensas de atrasadas historias; y ese raporterismo,—que hasta á los insignificantes se nos hace molesto—tiene que atenerse á las miras ulteriores, á la política de Papas, Cardenales, Obispos y presbíteros; que refugiarse como está sucediendo en mayordomiles abusos de cofradías.

Como al chocar con la constitución eterna y divina de la Iglesia la corroboran herejes y cismáticos, la historia interna y externa de cismas y herejías es reverso perfecto de la historia del Catolicismo. El discípulo, cobarde en el Pretorio, cámbiase á la voz del maestro en confesor denodado, martir humildísimo y Pontífice infalible: á Pablo, el denunciador de cristianos, le caen, al resplandor del cielo, las escamas de los ojos y diciendo, «*Señor qué queréis que haga?*» muere en él el hombre *exterior* y se hace todo de sus hermanos. Los demás Apóstolos se hacen santos y consiguen borrar inaccesibles fronteras de odios de raza é incompatibilidades de tradición, para que con solo presentar sus *commendatitiæ* de cristianos se den ósculo de paz el cartaginés y el romano, y el oriental haga sentar al bárbaro á su agapè y todos se confundan en el eucarístico. Consiguieron los olvidados por el mundo que á los espectáculos sangrientos é histriónicos que

¹ *Ensayos sobre los Principios de Moral*, por JONATÁS DYMOND. «Quién puede esperar que mientras este clero (los Obispos) no reside en el lugar de su empleo adopte una disciplina que haga obligatoria la residencia?» Cap. XV.

«Gran número de parroquias rurales carecen de templo apesar de la largueza y frecuencia de las concesiones del Parlamento para construirlas; pero las *capillas romanas* se construyen y reparan con mucho celo, existen en suficiente número en todo el país (Irlanda).» Cap. XIV.

ofrecieran al Imperio Nerón y Diocleciano sucedan el de Constantino en Nicea ó el gran Teodosio en Milán: cambiáronle al prosternado sicambro, la clava de Atila por la espada de Carlo-Magno, ya bendita como protectora del debil y castigo del inicuo: implantaron en sociedades rudas é indómitas el respeto y obediencia al poder legítimo porque viene de Dios y la indisolubilidad del matrimonio porque era un Sacramento: vencieron por último Emperadores tiránicos, plebes revolucionadas y clérigos simoniacos y concubina-rios, atrayendo sobre la frente de su sacerdocio la aureola de castidad é independendencia, abdicada por los cismáticos griegos, pisoteada por los protestantes.

El furioso oleaje que éstos levantaron no hizo zozobrar la barca del Pescador, ni merecieron los sucesores de los de Galilea, reunidos en Trento, se les reprendiese su poca fe. El Espíritu Santo iluminó sus definiciones, y acertaron tan previsoramente á vigorizar la Disciplina, que en el siglo del racionalismo, del positivismo ó de la indiferencia religiosa se vió en el Concilio Vaticano al Episcopado católico sereno, como siempre, frente á la tempestad y unánime como nunca definir el gran dogma de la infalibilidad pontificia.

Esperemos, pues, que Dios hizo sanables las naciones: pero el Ungido, con las gracias y dones del Espíritu Santo que salva á los cristianos del imperio del infierno, pide que se reconozca y confiese el suyo: ¿y cuál de los pueblos del viejo ó nuevo mundo lo hace hoy? Acaso ese insaciable afán explorador y colonizador á que se entrega la caduca Europa servirá para que nuevas é innúmeras gentes ahora sentadas en sombras de muerte, llenen el redil por ella abandonado: acaso de su misma civilización surjen los nuevos bárbaros que, portadores de la catástrofe de divina ira, se cobijarán á la postre, como los del siglo v, bajo el cayado del Buen Pastor.

HE DICHO.

